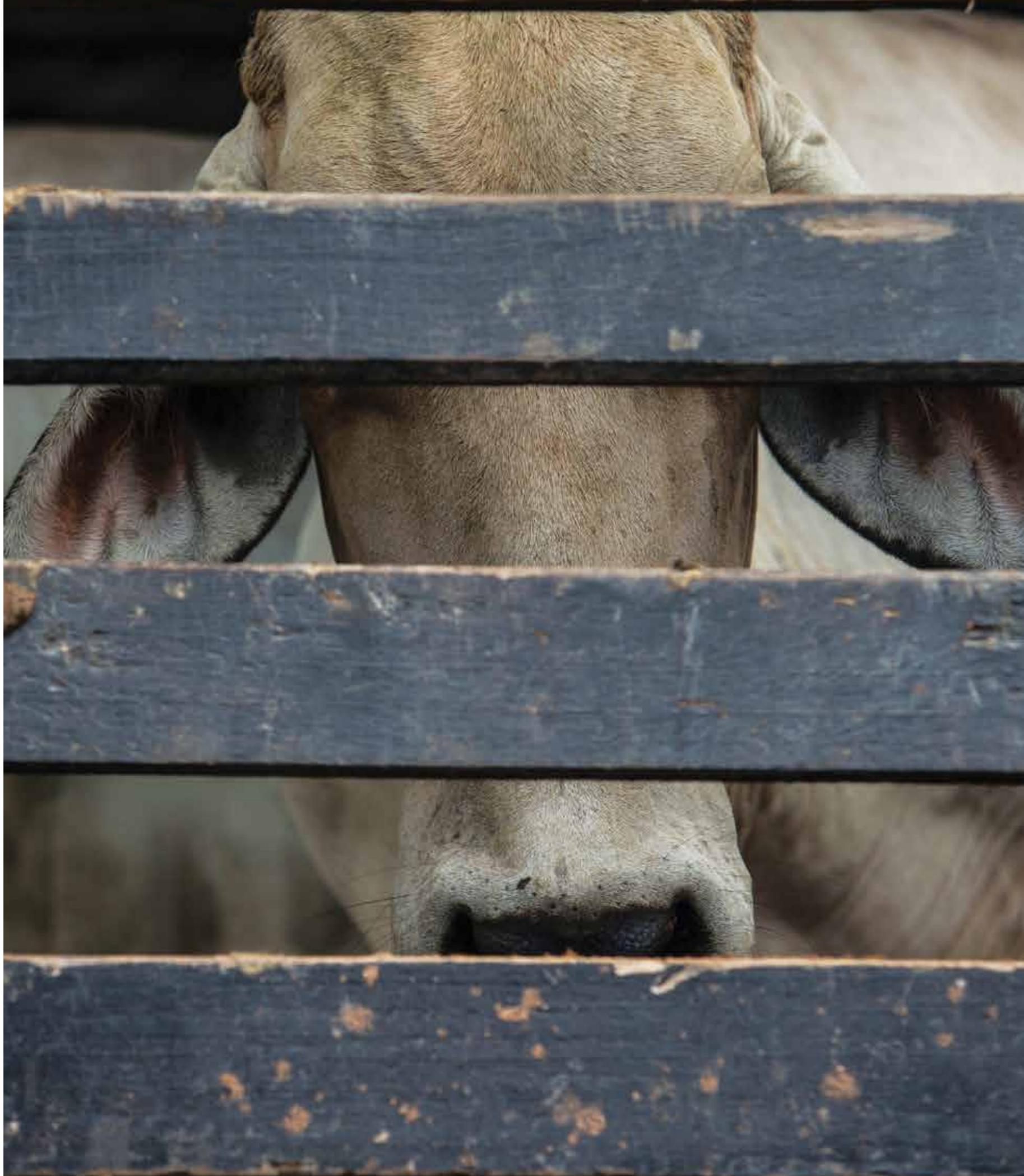


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 62 - Febrero de 2015 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Feria de oficios

8

Aporofobia

10

Humo de la Sierra

12

Fiesta y maracuyá

16

No hay futuro que perder

20

Fotonovelas y cultura psi

22

El colombiano culero

UNIVERSO CENTRO**Publicación mensual****DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA**

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 62 - Febrero 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

por DAVID E. GUZMÁN

Fotografía: Juan Fernando Ospina

En el matadero

El degüello obedece a las leyes de las tareas mecánicas. Los novillos son izados estando ya medio muertos, las poleas los mueven por el aire, atados de una pata trasera, y el filo se repite sobre sus arterias mayores.

Nada de ofrendas, nada de frotarles el lomo con ceniza. No hay tiempo para limar sus cuernos, para hacerlos apuntar al cielo y coincidir con la corona del paciente buey.

Su sangre se derrama sin ceremonias y sus cabezas no se encumbran en las encrucijadas de algunas ramas secas.

Los dioses primitivos y ajenos son comprensivos, reciben con agrado esa seguidilla de muertes, esa tropa inocente de despojos.

Saben que necesitamos de sus gracias a cambio de ese ritual de carniceros. Y le entregan a las faenas diarias del matarife un valor para curar las angustias de la joven embarazada; acogen la sangre de tres reces como dádiva de una pareja y sus recientes promesas; oyen las últimas quejas de los sacrificados como oraciones de los hombres enfermos.

Entienden esos dioses que no están los tiempos para adornar novillos o invertir matarifes de feria. Es posible que también a ellos convenga la desmesura de ese rito deslucido. **UC**

P. G.



Tatatá y Piolín

Nunca habíamos visto tantos Circulares Coonatra juntos, mansos, a la espera de ser acicalados. Siempre se los ve rugiendo en las calles, con las llantas casi en el aire, veloces para cumplir a tiempo su eterna ruta por medio Medellín.

“Ahí está ‘Piolín’”, dijo uno de mis compañeros de viaje. El hombre venía de bluyines, camisa rosada y gafas oscuras tipo Héctor Lavoe. “¡Entonces burgués!”, saludó Piolín, “vea, cuadre esa burguesía allí”, y nos indicó con la mano dónde podíamos parquear el carro.

Piolín nos presentó a ‘Tatatá’, a ‘Tomate’ y a ‘Nacho Coles’, sus maestros, hombres que han dedicado sus vidas a la estopa, a la cabrilla y a la grasa de los buses. La locación para la entrevista no podía ser otra y Tomate puso a disposición su vehículo. Allí, con las bancas para nosotros solos, en medio de humos, salsas y carcajadas, nos acercamos a estos personajes unidos por el oficio y por una forma de vida que suena a trompetas y timbales.

—Tatatá, ¿cuándo empezaste a trabajar con buses?

—Yo toda la vida he vivido aquí en Las Violetas y estando muy pelao me resultó un camello en una bomba en Guayabal, allá me enseñó un muchacho que le decían Alejandro, él me puso a barrer y a trapear los buses; yo me iba en una bicicleta y una vez un bus me recostó y me volvió esa bicicleta un culo.

—Yo traje a Tatató aquí al terminal hace 28 años, yo le decía: Tatá, venga que aquí gana más que allá en esa bomba y siguió trabajando conmigo.

—Sí, Nacho me acabó de pulir. Y me quedé calvo porque yo lavé un bus, el 155, y ese pirobo tenía las tres fugas: caja, motor y transmisión, entonces ¿sabe qué? Petrolizaba ese carro con gasolina, acpm, fab, agua, y con la mugre y la grasa eso era un bomba, yo no usaba gorra y lavé ese carro quince años, ese trompiazul. Por Nacho le cogí sabor a la salsa, porque con un parcerito que mataron, Napa, y con un hermano mío, Fredy, todos muy aficionados a la salsa, éramos brillando los carros y poníamos Latina Stereo.

—¿Y por qué te dicen Tatató?

—Yo era todo borracho dizque en una acera diciendo ta ta ta y desde ahí me pusieron Tatató, como a los trece años.

—Y vos, Piolín, ¿a qué edad empezaste a trabajar?

—A los doce, yo vivía en Caicedo y mi mamá me mandaba a estudiar, pero me tocaba bajar diez cuadras a una escuela y eso era una calentura la berraca; uno, por ser de arriba, los de abajo lo podían matar, eso me mantenía frustrado, entonces ya no bajaba a estudiar sino que salía a ayudarle al señor del Circular y echábamos cinco, seis viajes.

—¿Y cómo se conocieron Tatató y Piolín?

—Como yo no quería estudiar y ya me conocían en el terminal, Tatató me cogía y me decía: vea, con este trapo lava, con este seca y con este limpia, y empecé a limpiar vidrios, me volví un mostro pa limpiar vidrios, ya después dije: no quiero limpiar, quiero es lavar un bus de estos bien bonitos, bien azaroso. Así como me gusta Latina, también me gustan los carros, empiezo a sentir un afecto amoroso porque son los que me dan el sustento pa vivir.

Nacho interviene: —Imagínese que una vez Tatató puso a Piolín a limpiar los vidrios del bus mío, un bus nuevecito, y me peló toda la carrocería con la escalera. Acá siempre le ponen un trapo o tienen caucho y este man sano.

—Ah, si usted quiere ver furioso a Nacho Coles, ráyelo el carro. Esa vez me cogió dizque: ¡Oíste Piolín! ¡Mirá como me tenés esa carrocería! ¿Usted es que no pone cuidado? Esa marihuana te está haciendo daño, ¡mirá como me dejaste el bus!, pero ya después aprendí y me empecé a catalogar como un lavador profesional de buses, los buseros se peleaban por Tatató o Piolín, éramos los mejores lavadores, éramos como unos titanes.

—¿Y el apodo por qué?

—Por cabezón y porque era muy pepo, usted sabe que los piolines son pepos; yo no salía del Parque del Periodista, y a mi Nacho Coles me decía ¿dónde se va a bajar?, en el Periodista no le paro. Y yo le decía: me tiiro miiijo, me tiiiro. Gracias a dios esto me sacó de esa monotonía, porque iba pal fango.

—Piolín, ¿cómo se formó el parche de Latina Stereo acá en el terminal?

—Empezó porque nosotros los alisadores, tanto Tatató como Piolín, poníamos la emisora. Pero los maestros eran Tomate y Nacho porque sabíamos que siempre estaba puesta Latina, entonces eso fue una cadena tradicional.

Ya cuando Jairo Luis y un oyente que se llama ‘Pastusalsa’, que vivía aquí en Las Violetas, hicieron una Salsavía se empezó a crecer la audiencia, ya todo mundo es con Latina, es una tradición que nunca pasará de moda, es algo que siempre va a estar intacto.

—¿Y recordás cuándo empezaron los salsaludos?

—Hace mucho, como no había internet, entonces tocaba escribir los salsaludos en una hoja grande y hacer el esfuerzo de ir hasta allá pa llevar la hoja y que nos fueran reconociendo en la emisora como fieles oyentes. Eran salsaludos para todos nosotros, para la gallada, porque hay conductores en toda parte, entonces era pa burlarnos de tal allá en Envigado, en Caicedo, en Robledo.

Tatatá interrumpe: —Y nos íbamos a pie, comprábamos una garrafa de vino, le echábamos cerveza y unas tuercas, y eso era qué viaje, nos la sollábamos de aquí pa allá pa salsaludar

—Yo cada rato llamo a la emisora y Jairo Luis me dice: Oíste Piolín, ¿y a vos por qué te gusta Latina Stereo?, vuelvo y te pregunto. Y yo le digo: Jairo Luis, yo te respondo, vos sabés que Latina Stereo es mi vida, después de esta ninguna, y Latina Stereo para mí es la primera desde los doce años que tengo uso de razón. Ah qué bueno Piolín, ¿y cuál es tu cantante preferido? Hector Lavoe, por esa voz privilegiada, por las melodías que nos dejó, porque estuvo en la calle, en el fango.

—¿Y Piolín y Tatató todavía trabajan juntos?

—No, Tatató sigue alistando carros porque eso es lo que le gusta a él, yo cambié mi profesión, ya manejo taxi. Yo le dije a Nacho Coles: usted me iba a dejar calvo como a Tatató pero Piolín cogió alas mijo, mantengo mi familia y vivo muy agradecido.

Tatatá: —Yo llevo temprano y lavo cuatro carros al día, uno no más tiene que barrerlo y lavararlo, pero si le dan la liga uno le echa silicona a la oficina, le lava el troquecito, el tanque del acpm.

—¿Y Tatató y Piolín cada cuánto se ven?

—Siempre hemos estado muy juntos, tanto así que yo le digo el cucho, porque él es como mi papá, fue el que me enseñó, entonces yo llevo acá y le digo: cucho ey, Tatató, vea cada ratito lo he salsaludado.

—Y yo le digo: ey, gracias parcerito, que tin, si a uno le gusta Latina Stereo es porque le nace al corazón, el corazón es salsa, vea, somos salseros.

—Eso, Latina Stereo no tiene cuando acabarse, siempre va a estar nítida porque tiene unos oyentes en las calles inculcando lo mejor.

Tomate, que se había ausentado, sube de nuevo para decirnos que tiene que salir a hacer su tercer recorrido del día: —Cámbiense de bus, parceros. **UC**

*La escuela de la vida me ha dado el consejo verdadero
¡Quien dijo miedo jamás será buen guerrero!*

Raúl Marrero



Universo Centro está recopilando historias para el libro de los treinta años de Latina Stereo. Envíe la suya o escríbanos a contacto@universocentro.com

Feria de oficios

por JUANGUI ROMERO TORO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Cerca de mil familias, entre ellas la mía, obtienen el sustento de la Feria de Ganados de Medellín. Hoy, más que nunca, sus integrantes quisieran saber cómo los afectará el proyecto que plantea construir una ciudad universitaria y un centro de espectáculos en este lugar; aunque hasta ahora se dice que la Feria de Ganados simplemente será reducida. Como suele suceder con estos grandes proyectos, solo el tiempo acallará los rumores, que una vez más —en 2003, Luis Pérez intentó cerrarla para construir una urbanización, un parque y un centro comercial— comienzan a flotar sobre el ambiente de pueblo de la Feria, en el que conviven camioneros, ganaderos, comisionistas, arrieros, bañadores de ganado, ayudantes de camión, meseras, comerciantes, vendedores ambulantes, desempleados y mendigos que por años han hecho sus vidas allí; incluido mi padre, quien ha ido semana a semana durante sesenta años.

Volver a la Feria de Ganados, casi veinticinco años después, para escribir una crónica sobre su dinámica diaria, ha sido como ver la segunda parte de una película que disfruté muchísimo de niño. En ese entonces, durante las vacaciones escolares, cuando mi padre me llevaba de paseo en su camión y desembarcábamos al final del viaje los novillos gordos que traíamos —la mayoría de las veces desde Planeta Rica o Montería—, el arribo a ese gran corral, casi siempre de noche, era algo muy emocionante.

En los años ochenta, la fila para descargar en la Feria comenzaba cerca de la fábrica de Solla en Bello, sobre la Autopista Norte, es decir, un kilómetro antes de llegar. Cada camión debía sumarse a una especie de procesión que muy lentamente se apoderaba de uno de los carriles de esta autopista. Todavía recuerdo cómo la gente que pasaba en los buses y los autos rumbo a sus casas clavaba la mirada en las miles de reses encerradas en las carrocerías de los camiones.

Tres o cuatro horas después, justo antes de desembarcar, entraban en acción —tal como sucede hoy— los *cisqueros*: las personas encargadas de desamarrar las compuertas de los camiones y limpiar las carrocerías, cuando llega el momento de botar el amasijo de estiércol y orines mezclado con la cascarrilla de arroz o viruta de la madera utilizadas por décadas para cubrir los pisos de las carrocerías, con el fin de que el ganado sufra menos mientras viaja allí encerrado; el mejor abono de la ciudad, utilizado por decenas de viveros.

Mientras camino otra vez por el llamado “Patio de Arriba” y la zona de descarga, zigzagando entre los camiones como lo hacía durante aquellas noches de mi preadolescencia, muchas

de las situaciones que veo me resultan familiares: los camioneros que conversan junto a sus carros mientras esperan el turno para descargar; el chofer que de repente deja al grupo de compañeros para orinar en la llanta trasera de un camión; los animales cansados de su encierro que, también de repente, se estiran dentro de la carrocería y la hacen temblar, mientras el conductor intenta calmarlos como si se tratara de unos niños que han armado un pequeño alboroto; y esa gran diversidad de vendedores ambulantes que se saludan con los camioneros como viejos conocidos y les ofrecen sus productos.

Están los que cambian los extintores viejos; los que remiendan las carpas; los que ofrecen accesorios para celulares; el mecánico ambulante que atiende los males menores de los carros; el que vende medias y pantaloncillos tipo bóxer; el señor que toda la vida ha vendido pellones: las sobretelas repletas de flecos que se utilizan para proteger la cojinería de los camiones; los que venden palancas y llaves de mecánica y, por supuesto, los que venden comida: pandequesos, fritos, café, jugos.

Los camiones que traen el ganado gordo comienzan a llegar los sábados en la tarde, y muchos arriban en las noches, como ocurría hace años, aunque hoy solo se descargan animales durante el día. Los domingos lo hacen los primeros noventa carros, siguiendo una operación que comienza a las ocho de la mañana y va hasta el mediodía; y los lunes, el resto de los camiones. Ese día se pesan todos los animales que han ingresado a la Feria. El ganado flaco o de levante, por su parte, entra sin aglomeraciones, cualquier día de la semana.

Décadas atrás, la Feria solo descansaba los jueves. Los demás días permanecía abierta las veinticuatro horas. Hoy, la proliferación de subastas en las distintas regiones ganaderas del país y la comercialización directa de los animales en las fincas, le han bajado intensidad a la dinámica de este lugar, cuya historia se remonta a 1874. Ese año, algunos campesinos comenzaron a reunirse en calles céntricas de Itagüí para comercializar sus animales. Lo mismo comenzaría a suceder después, en 1880, en las laderas de la quebrada Santa Elena y mucho más tarde, en 1905, en el barrio Guayaquil. La cantidad de animales y negociantes se hizo cada vez mayor, razón por la cual se construyó, en 1920, en cercanías del actual puente de Colombia sobre el río, un edificio “cómodo, capaz e higiénico para la Feria o Mercado de Animales de Medellín”, tal como lo ordenaba el acuerdo expedido por el Concejo de la ciudad.

El protagonista de esa nueva feria era, sin duda alguna, el Ferrocarril de Antioquia, pues en varios de sus vagones



llegaban las famosas partidas —grupos de veinte a veinticinco reses— que luego eran sacrificadas en el matadero de la ciudad o distribuidas en pequeños camiones a otros lugares. La Feria de Colombia, como muchos la recuerdan, operó hasta 1956, cuando se inauguró la actual Feria de Ganados de Medellín, ubicada en el barrio Toscana, en límites con el municipio de Bello.

Los lunes, la Feria es pura actividad. Desde las dos de la mañana hay gente trabajando. Son los arrieros de la marranera que comienzan su labor con la llegada de los camiones que traen los cerdos gordos, los únicos que se comercializan en la Feria y que provienen de Don Matías, San Pedro, Santa Rosa de Osos y Heliconia.

Los arrieros de cerdos, conocidos en su gremio como *marraneros*, son unos treinta en total. Además de encargarse de ubicar a los animales en los corrales después de que estos son registrados y pesados, los bañan y los marcan varias veces. Primero, de acuerdo con las indicaciones de los vendedores; y después, según las disposiciones de los carniceros que los compran. Luis Fernando Layos, un simpático personaje de cincuenta y tres años, cuyo porte y mirada me hicieron pensar en uno de los *hobbits* de *El Señor de los Anillos*, es hoy uno de los trabajadores más solicitados de la marranera. Él es el único especialista del lugar en abrirles la boca a los marranos machos y olerles el aliento para predecir si sus carnes tendrán mal sabor. Al momento de la castración, algunos cerdos suelen quedar con un testículo dentro del organismo, y a estas



glándulas genitales se les adjudica el denominado “olor sexual”, un mal que afecta el olor y el gusto de la carne. De modo que, según lo describe Luis Fernando, o ‘Arepón’, como todo el mundo le dice, si el aliento huele a berrinche, deben ser descartados.

También los lunes, a eso de las cuatro de la mañana, entran en escena los arrieros del ganado gordo. Un ejército de unos ciento cincuenta hombres, con edades entre los dieciocho y los 75 años, cruza en pequeños grupos la puerta que comunica la zona de descarga de los camiones con el interior de la Feria. A ninguno de ellos parece importarles el rimbombante aviso que hace años colgó allí la administración de este lugar: “Para hacer producir es necesario salirse de las oficinas, internarse en el campo, ensuciarse las manos y sudar [...] Es el único mensaje que entienden el suelo, las plantas y los animales. Norman E. Bourlag, Premio Nobel de Paz”. Cuando le hablé de este texto a Oscar Uribe, ‘El Churro’, uno de los arrieros más antiguos, que hoy tiene 62 años y llegó a la Feria cuando apenas tenía veinte, me dijo entre risas que si de ensuciarse se trataba, simplemente esperara hasta el mediodía para que viera cómo terminaban ellos de sudorosos y llenos de mugre.

La gran mayoría vive en los barrios aledaños a la Feria y empezó en el “cachilapeo”, es decir, bajo las instrucciones de otro de mayor experiencia que los llevó un buen día para que abrieran y cerraran las puertas de las básculas, o que les enseñó a poner y quitar el enorme tronco de madera que impide que los animales se devuelvan una vez se hallan en el corredor de pesaje; los oficios en apariencia más sencillos. En los corrales, el ritmo es otro: “Para ser arriero hay que estar en la jugada. Uno está moviendo unos animales y por detrás pasan otros que van para el corral de al lado, y si entre ellos viene uno rebotado, hay que esquivarlo como un puntero derecho con el defensa; o si no, lesionado y pa fuera de la cancha”, me comenta El Churro, quien al escucharme hablar de fútbol con otros arrieros comprende rápidamente que esa es la mejor manera de entenderlos, o mejor aún, de contarme que esa era su posición como futbolista, y que incluso en 1984 salió campeón del famoso torneo de fútbol “Medellín sin turgurios”, promovido por Pablo Escobar. “Yo era el puntero derecho del equipo

que patrocinaba la hacienda Villa Milena. Eso nos pagaban por cada partido y por cada gol, y mucho más de lo que me hago aquí en un mes”.

Como la administración de la Feria ha incentivado en los últimos años diversas prácticas que tienden al bienestar de los animales, en lugar de los tradicionales zurriagos, los arrieros de hoy cargan unos palos pequeños que tienen en la punta flecos de plástico. Cuando uno mira de lejos la zona de los corrales, da la impresión de que algunos de los arrieros sacudieran a los animales en vez de arriarlos. Como complemento a esas particulares escobas, a las que muchos arrieros no terminan de acostumbrarse, algunos prefieren pararse en frente de los animales, si hay que detenerlos; o correr a su lado, si hay que apurarlos. Otros levantan las manos, y casi todos recurren a los atávicos gritos que han caracterizado por siglos este oficio: “oeeee, oeee, jóooo, jóooo...”, aunque también hay algunos que recurren a los nombres genéricos, pero alargados: “Vacaaa, vacaaa, torooo, torooo, novilloooo...”. Por su parte, los más jóve-

nes intentan imponer su estilo: “Vamos Vanessa, a ver mi niña, a ver mi niña, moviendo el culito”. Desde los balcones que hay dispuestos para que la gente vea los animales cuando descienden de los camiones hasta que son montados en las básculas, es fácil ver cómo las reses son en su mayoría muy sumisas y siguen casi siempre la ruta que marca la de adelante.

En la zona de la pesada, que es una de las más concurridas los lunes en la mañana, se hallan también los *marcadores*, o sea los empleados de la Central Ganadera encargados de pintar en la piel de cada animal la numeración que da cuenta del corral al que será destinado, el lote al que pertenece y su ubicación dentro del grupo. Arriba de las básculas, en unas pequeñas oficinas, otros empleados de la Central Ganadera imprimen los tiquetes que indican el peso exacto de cada animal. Años atrás eran famosas las enormes cantidades de dinero que se apostaban al calcular a ojo el kilaje exacto del ganado. Hoy, a lo sumo, unos cuantos visitantes se atreven a pregonar sus pronósticos; e incluso, no falta quien diga que los números

que han salido (379, 423, 412...) son los que ganarán en tales o cuales loterías.

El ganado traído por los noventa carros descargados el domingo es pesado entre las cuatro y las seis de la mañana del lunes. A esas horas, los celadores del Patio de Arriba comienzan a despachar hilera por hilera los camiones que llegaron después, con el fin de que las reses que estos traen sean también pesadas; y así, hasta agotar existencias, como dicen en los comerciales. Mientras esto sucede, los recibidores de ganado les ordenan a algunos de sus arrieros que lleven los animales ya pesados hasta los corrales que circundan los pasillos destinados para la compra del ganado gordo. Allí, los comerciantes mayoristas, que pueden recibir cincuenta o más viajes de ganado cada semana, los negocian con los representantes de las grandes carnicerías del Valle de Aburrá y también con los “menudeadores de ganado”, quienes, a su vez, se los revenderán a los pequeños carniceros de esta región.

“Yo he visto salir a mucha gente de aquí volando el llavero, después de haber llegado con doscientos o trescientos



millones”, me comenta ‘El Cacharrero’ para ayudarme a entender la otra cara de un negocio que, a pesar de funcionar muy bien en medio de tanta informalidad, tiene sus historias negras. “Un puño” de ganado gordo vale aproximadamente veintidós millones, una cifra que se multiplica unas 350 o más veces cada semana, de acuerdo con el número de camiones que ingresan a la Feria. Más de siete mil millones de pesos que se negocian basándose en la palabra y la confianza que se profesan un centenar de personas que, en la mayoría de las ocasiones, solo se ven cada ocho días. Y como soporte de semejantes transacciones solo quedan las firmas que unos cuantos dejan en las hojitas de los listados de los animales, que hacen las veces de informales letras por pagar. Por eso cuando alguien incumple los pagos, la estructura tambalea y en ocasiones se va al piso.

“Aquí ha habido gente que después de perderlo todo se ha suicidado y otros que simplemente dejan de venir por un tiempo cuando se quiebran y después regresan como si nada. Todavía hay mucho cínico suelto”, me dice El Cacharrero, quien desde su óptica de vendedor ambulante me dice, a modo de recomendación, que mientras el intercambio de tiquetes está en pleno furor, él no les ofrece nada ni a los comisionistas ni a los compradores:

—Los lunes ellos no le paran bolas a nadie, y es mejor que usted tampoco les pregunte nada.

—¿Y entonces, usted a quién le ofrece cosas hoy? —le replico.

—Ellos podrán ser los que más plata mueven, pero yo traigo de todo —me contesta—. Ahí están las gentes de los negocios, los de las oficinas, los recibidores, los camioneros, y ellos mismos cuando ya se desocupan porque si les va bien, algo le compran a uno.

El Cacharrero y yo nos dedicamos a la observación del mundo de los grandes comisionistas de la Feria. La mía pretende ser observación participante, y la suya, siempre más efectiva, es pura observación de negociante, pues enseñada me ofrece el lapicero de James Bond, el elemento estrella de su inventario, repleto de pequeñas llaves de mecánica, lociones, gafas y linternas.

—Romerito, usted que sí ha estudiado y entiende de tecnología, mire este lapicero espía. Vea la camarita que trae junto a la tapa. Apenas para que grabe a los comisionistas de ganado que usted me dice que no quieren darle entrevistas largas. Véalo. Tiene memoria de dos gigas. Si quiere se lo lleva para su casa y lo ensaya.

—¿Y cuánto vale? —le pregunto por mero formalismo.

—Eso es muy barato. Ciento cuarenta mil pesitos por una cámara y un lapicero; nada.

—No jodás, Guillermo. Y eso tan caro, ¿a quién se lo vendés aquí? ¿A un comisionista de ganado, o qué?

—No, ¡qué val...! Eso cojo corticos a diez y les armo una rifa solo entre ellos. A veinte mil pesos la boleta, y con eso libro el lapicero muerto de la risa.

Además de El Cacharrero hay otros quince o veinte vendedores ambulantes autorizados por la Administración para moverse por toda la Feria. Se trata de unas personas que, de tanto caminar por los pasillos, se han vuelto sus personajes más reconocidos. Un grupo de hombres y mujeres, la mayoría de ellos de avanzada edad, que se ganan la vida lustrando zapatos, vendiendo obleas, salpicón, cigarrillos, confites, maní, rosquitas, candados, tijeras, navajas, relojes, billetes de lotería, frutas y los periódicos *Q’Hubo* y *Mío*. Además de los vendedores ambulantes, están quienes trabajan en la zona de las talabarterías, unos veinte locales donde los visitantes pueden conseguir desde un caballito de



palo o un zurriago, los juguetes favoritos de los niños que van a la Feria, hasta una báscula electrónica para pesar el ganado. Una seguidilla de casetas, de las que obtienen el sustento unas 150 familias, atiborradas de todo tipo de aperos para los caballos y las reses; implementos para las carnicerías, como balancines, cuchillos, ganchos, uniformes y botas; bolsos, estuches para celulares, carrieles, correas, abarcas, ponchos y sombreros; hierros para marcar ganado y navajas, y las artesanales sogas de cuero, fabricadas con la piel del animal después de secarla, estirarla y trenzarla.

Cientos de personas que a través de sus oficios construyen la historia reciente de un lugar cuya tradición tiene más de cien años. Y aunque para muchos la Feria de Ganados es apenas un punto de referencia cuando se sale de la ciudad por el norte, este es, sin duda, un sitio clave para la economía de la ciudad; y más aún, el centro de la vida de quienes la pisan a diario, entre ellos, mi padre. ©



Palabramos por amor
no por necesidad
o el amor es la única verdadera necesidad

Ver dadera
es
dadora de ver

Ver el sentido del dar
es el trabajo del palabrar

Cecilia Vicuña. Chile, 1948



Línea Confiable 444 10 20 • www.confiar.coop

Inspira Crea Transforma

www.eafit.edu.co

UNIVERSIDAD
EAFIT

El argumento que más se repetía en las radionovelas de los años sesenta era el del matrimonio de un joven apuesto, perteneciente a una de las llamadas familias de bien, con la sirvienta de la casa. Ésta, proveniente del campo, vestía ropas pasadas de moda y se expresaba en el habla sumisa de las campesinas, contraviniendo el buen uso del idioma. El joven, recién llegado de Europa, donde se había preparado para dirigir el emporio económico de la familia, estaba comprometido con la rica heredera de los García-Valdecasas, de rancio abolengo.

Desde el primer capítulo, la novia del joven galán maltrataba a la pobre sirvienta. Le decía torpe, india patirrajada, ridícula, todo en un tono de voz que la hacía odiosa ante los miles de radioescuchas, en su mayoría campesinos recién llegados a las ciudades, sacados de sus tierras por el horror de la violencia de los años cincuenta.

A medida que avanzaban los capítulos la gente se imaginaba a los personajes. La hija de los García-Valdecasas, antipática y grosera, terminaba siendo fea, y la sirvienta, a pesar de su delantal, de sus ásperos zapatos, de su habla desmañada y sus trenzas de campesina, era como un diamante sin pulir que ganaba puntos en los radioescuchas y en el corazón del joven Marco Antonio.

No resultaba extraño que el joven, seducido por la belleza silvestre de María, la sirvienta, terminara consolándola, secando sus lágrimas, sintiendo en su pecho los pechos agitados de ella, que sufría, asediada por el maltrato de la odiosa Teresita García-Valdecasas. Los encuentros furtivos en los cálidos salones de la gran mansión, en la cocina, en las escaleras y en los amplios corredores se hacían cada vez más frecuentes, hasta que los labios de Marco Antonio buscaban ávidos los labios de María y ésta huía, sintiendo en los suyos el ardor de los labios secretamente deseados. Esto ocurría un viernes, para que los radioescuchas pasaran el fin de semana emocionados, columbrando posibles desenlaces.

Al final, por encima de las convenciones y de los prejuicios sociales la sirvienta se casaba con el señorito y eran felices y comían tantas perdices que se pensaba en una indigestión y la radionovela debía acabarse.

Pero lo único real de esta historia era el desprecio que Teresita García-Valdecasas sentía por María. El resto eran puras fantasías de los libretistas.

Las muchachas del campo que venían a la ciudad en busca de trabajo traían en su haber historias amargas: abusos de padres, tíos, hermanos, padrastros y ricos hacendados que en los días aciagos de la violencia habían cortado cabezas a nombre del partido liberal o del partido conservador. En las fábricas, eran asediadas por los jefes, y si no lo daban salían despedidas y debían afrontar el rigor de las calles. O entraban a servir en una casa, donde un señorito Marco Antonio, que no podía tocar a su amada Teresita ni con el pensamiento, pues ésta debía llegar virgen al matrimonio, asaltaba el dormitorio de María, que, después de una fingida resistencia, recibía las sacudidas del fogoso muchacho, más placenteras que las del padre, el tío o el padrastro.

El peor final de estas historias reales era duro como los andenes. La muchacha salía expulsada, con un bastardo creciendo en su vientre, no muy segura de si el autor era Marco Antonio junior o Marco Antonio padre. Ahora, el único oficio posible era la prostitución.

Los bastardos nacían a montones en La Colonia, en los días de la gloriosa República, y después, y después... Fueron carne de cañón en las guerras de independencia, en todas las guerras del siglo XIX, en La Guerra de los Mil Días, y sus descendientes fueron Chulavitas y Cachiporros durante la violencia de los años cincuenta, y radioescuchas y guerrilleros comunistas a partir de los sesenta, y carne de cañón en la guerra contra los comunistas, y sicarios al servicio del narcotráfico; y fueron paramilitares al servicio del Estado y policías al servicio del comandante, y atracadores, y campeones mundiales de algo, y falsos positivos y soldados y campesinos... Poblaron de barriadas las ciudades y

vendieron su voto a los candidatos del Frente Nacional, y mendigaron puestos a los caciques de los directorios, y se enfrentaron a piedra y se siguen enfrentando, y son víctimas de las EPS y de los bancos y de las balas perdidas.

Los ricos por su parte construyeron burbujas donde poder dormir, soñar y vivir tranquilos, lejos de la bastarda, que cada día era más mala, más comunista, más champeta. El miedo, el horror y el desprecio guiaban sus relaciones con los zarrapastrosos.

Aún hoy el mundo de los pobres les es tan desconocido que, en la misma ciudad, parecen blindados contra las palabras que estos utilizan para referirse a cosas cotidianas. Recuerdo a un secuestrado de los estratos altos de la costa que en una entrevista, recién liberado, decía que sus captores le daban arroz y un poquito de lentejas que ellos llamaban liga, que a veces podía ser un pedacito de carne o un huevo. Hasta ese día pensé que la palabra liga era usada por todos los estratos sociales de la costa para referirse a lo que acompaña al seco en las comidas. ¿Pero cómo podían usar la palabra liga si en ella está, inherente, el esfuerzo para conseguirla?

La liga es algo que se embolata casi todos los días del año. A fin de mes se ve, o en las quincenas. Mientras tanto la gente se las arregla con el cucayo, la parte del arroz adherida al caldero, doradita, crujiente. La sirven sobre la montaña de arroz y hace las veces de liga.

Hace algunos años los políticos descubrieron la palabra inclusión y la usan como muletilla. Dicen, de dientes para afuera, que la sociedad debe ser más incluyente. Envían a los colegios expertos en el tema, hasta que la palabra de marras queda tan vacía como la palabra calidad, y, de esa manera, creen resolver el problema. Pero si llega un alcalde que no solo habla de inclusión sino que la practica y propone construir al lado de sus burbujas viviendas de interés social, les da urticaria, organizan protestas, dan ruedas de prensa, se contradicen, y se les ve en la cara el miedo, el horror que les producen los menesterosos. De lejos se ven mejor, como las crestas de las montañas, piensan. ☹



Un paisaje de montaña que se ha repetido durante décadas fue el escenario que eligió Víctor Gaviria para rodar su próxima película, *La mujer del animal*. Esos reinos donde las cosas apenas comienzan, pero los que mandan tienen años de experiencia. Nueva Jerusalén acoge invasores desde 2005. Y vuelan las cometas, y las balas. Cuatro historias para leer en bajada.

Nueva Jerusalén

por RUBÉN DARÍO LOTERO

Fotografía por el autor



El colgado

Dicen que en el pinar un cucho se colgó después del mediodía fui a verlo (a distancia)

Tensa la cuerda como arrodillado la cabeza caída el mentón contra el pecho parecía rezando

El hombre cuando salió de la casa les dijo a sus hijos que se iba a encontrar con una novia que se había conseguido

y salió del rancho por el camino que conduce a la torre hasta un pino alto que hay al otro lado del alambrado

Dicen que hace una semana había llegado de nuevo al barrio a visitar a sus hijos

y que su mujer lo había dejado

La tempestad

1
En este barrio la tempestad hace muchos desastres cuando llueve así nosotros pasamos la noche en vela rezando

Construimos una casa al borde de la carretera con cinco millones que nos prestaron

La casa se vino abajo yo logré salir con mis niños todo lo perdimos de nuevo

Los muchachos nos asignaron un lotecito y allí como pude construí otra casa

Mi esposo se fue ya hace unos meses lejos a otra ciudad dízque a buscar trabajo

Hoy de nuevo me tocó salir corriendo con mis hijos mire el niño se mantiene mocososo y con tos

voy a la tienda a llamar

¿será que él me habrá enviado algo del dinero prometido?

2
Voy hasta el rancho donde vive Sebastián el niño-joven que escogieron como extra y ahora ayuda a los de producción

necesitan a 'Fercho' su hermano medio que hizo unas cometas elegantes

para una escena

Sale en pantaloneta en una hamaca en el corredor está Antonio su papito

"No puedo ir ahora anoche con la tempestad se nos mojó toda la ropa también le ahogó tres pollos a mi mamita solo nos quedó uno estoy esperando que abran la tienda para fiar una camiseta"

Osama

Le dicen Osama es viejo de cabellera y barba entre blanca y amarilla de ojos azules

Lleva dos machetes y una sierra colgados como alforjas

aparece afuera de la carpa instalada cerca de la quebrada donde en unos minutos se filmará la escena de las lavanderas

la carpa a un lado del camino que todos los días

recorre para bajar y subir a su casa en la montaña:

"Soy ser de luz soy un enviado de las estrellas soy un extraterrestre

un alma que ha estado en cuatro guerras

fui soldado y ahora voy por los caminos

mis objetos personales mis armas las cargo siempre no las dejo en casa pues me las pueden robar

tengo miles de años

todas las mujeres son vírgenes pues de ellas viene la humanidad entera por eso el Cerro Quitasol lleva la figura de una mujer acostada

no me tengan miedo soy un ser de paz los invito a tomar café en la salita de mi casa la antigua allá arriba en la montaña" ☹

H U M O D E L A S I E R R A

por CAMILO ALZATE

Fotografías: Rodrigo Grajales

Quien toma la palabra se llama Ismael Arias. Es vehemente. “¿Cómo van a meterle candela a la tierra? Es igual que si te prendieran los pies. ¿Te va a doler, no es cierto?, así mismo le duele a la tierra si la queman”. ¿Es indígena? Responde que no: “Soy kankuamo, los indios son ellos” y señala hacia una hononada el poblado kogui de San José. En cercanías brotan pequeñas fumarolas tras las colinas. Este pueblo en la cuenca alta del Guatapurí queda asentado sobre un valle estrecho. Sobresalen viviendas circulares de barro con techos afilados en paja, matas de guineo, yuca y cañaduzales. Acá tomó posesión simbólica Juan Manuel Santos en 2010, estrenando mandato con mensajes de reconciliación, armonía con la naturaleza y respeto a los pueblos originarios.

Los potreros alrededor de la hononada evidencian gran desgaste y agotamiento, la erosión arrasa un terreno tostado, con la textura en grietas. El suelo es arenoso. Un paisaje conformado por faldas de pastizales extensos, donde no abunda justamente el ganado pues la calidad del pasto es mala. Franjas carbonizadas, como la ladera negra junto a Maruámake (pueblo media hora más arriba), dan fe de una costumbre centenaria en la Sierra Nevada de Santa Marta: quemar el suelo.

Cuando el geógrafo y explorador alemán Wilhelm Sievers recorrió la región en 1886, encontró sabanas y prados desiertos de árboles hasta los dos mil metros de altitud. Luego Gerardo Reichel-Dolmatoff atribuyó la ausencia de vegetación en grandes tramos del macizo a la costumbre periódica de hacer quemadas, una práctica común a otras zonas aborígenes de América (como la Amazonía boliviana), que erróneamente se consideraba herencia española.

San José es el principal enclave kogui de la vertiente suoriental, la más árida de la Sierra Nevada. Además es el mayor de siete asentamientos kogui en Cesar. Allí José Gabriel Alimaco es una importante autoridad. Ha recorrido el país y el extranjero. Ha tratado con primeros ministros y presidentes. Sostiene que el hombre blanco no debe penetrar este territorio, considerado sagrado por los pueblos originarios: “La Sierra es el corazón del mundo. Si quieren tomar fotos que vayan a Nueva York o a Alemania, acá no”. Visiblemente molesto culpabiliza del desastre ecológico al modelo económico occidental, “están sacando petróleo, están rompiendo la montaña en el Cerrejón, llevamos dos meses sin llover y eso es por culpa de ellos. Ya debía de haber llovido pero estamos sin agua por culpa de los blancos. ¿Por qué, si nosotros los indios les dejamos un territorio tan grande como es Colombia, se tienen que venir para acá?”.

No obstante aquella cosmovisión que considera al desarrollo industrial y tecnológico un peligro para la estabilidad de la madre tierra, muchos indígenas siguen quemando las lomas en verano, acelerando la desertificación y la erosión de las montañas. Los kankuamos se desmarcan de esa práctica, o por lo menos no la realizan de modo tan constante. Etnia vecina de los kogui por el sur, notablemente más occidentalizados, perdieron su lengua a mitad del siglo pasado.

En Atánquez, centro histórico de la cultura kankuama, al atardecer un comerciante mestizo contempla una neblina densa. Flota al costado de los cerros que trazan el cauce del río Badillo. Visitantes confundidos creen que son polvaredas que levanta el viento. “No, que va... ¡humo, es humo!”. Este hombre suelta un apelativo escuchado con bastante regularidad, cargado de entonación racista: “Indios sinvergüenza, el gobierno debería meterle mano a estos sinvergüenza”. Los atanqueros son ejemplo vivo del fenómeno de colonización y mestizaje que sufre la Sierra Nevada desde el siglo XIX, convivencia nada ajena a conflictos y roces incansables. Aún hoy muchos no se consideran indígenas aunque sean descendientes directos de los kankuis, uno de los cuatro grupos que junto a los kogui, ika y wiwa guardan “el corazón del mundo”.

Atánquez, Guatapurí y Chemeskemeña, pueblos kankuamos, amanecen envueltos con una humareda. En muchas cocinas no se ha abandonado la leña, que día tras día viene de lugares más remotos. Aunque es barata, ya no es un recurso abundante, motivo adicional para generar presión sobre las franjas boscosas.

Simón Alimaco conversa pausado. La hamaca se balancea en su finca afuera de San José. Allí, pasando un pozo del Guatapurí donde la leyenda asegura que a punta de conjuros los mamos embotellaron al diablo, cruza el límite del territorio kogui con los colonos y kankuamos que ocupan la montaña hacia abajo. Simón es un dirigente curtido por igual en lidiar la burocracia estatal, los grupos armados camuflados en estas cañadas, los politiqueros de diversos colores. También es hábil manejando su comunidad o sus propios vecinos mestizos. Con sutileza escabulle la pregunta sobre las visitas de Juan Manuel Santos a la región, confeccionando un sabio aforismo: “Tú sabes que la política es de mentiras”.



Mucho más accesible que José Gabriel —quién además es su padre— Simón Alimaco habla sin prisas de la cosmovisión kogui, comenta la actualidad nacional, las problemáticas acuciantes de su grupo y los roces internos con los wiwa, etnia que habita el mismo territorio. Declara que han tenido choques recientes, confirmando rumores oídos abajo a los kankuamos de Guatapurí, caserío que coge del río el agua y el nombre. La situación es compleja; riñas intestinas, desplazamientos, peleas entre comuneros por altercados, platos, presupuestos. El poder que envenena. Al filo contrario de la montaña, por el pueblo de Cherúa en cabeceras del río Badillo, alguna gente mató un ganado de los kogui. Corre la voz de que fue en venganza contra la autoridad, ya que varias reses pertenecían a los Alimacos.

Simón es autocrítico y refuta la interpretación romántica del indígena, ser puro, no contaminado por las faltas del hombre blanco, el mito aquel del “buen salvaje” acuñado por Claude Lévi-Strauss, repetido en infinitas variantes por ecologistas, hippies o sectores de izquierda. Según él, es una verdad dura, pero a algunos kogui ahora “les gusta es la plata”.

Simón Alimaco reconoce que las quemadas son nocivas. Se trata de una costumbre antigua y prohibirlas es difícil por un problema de autoridad; la solución radica en fortalecer los resguardos y cabildos, el gobierno propio, para que nadie desobedezca las normas operando por su cuenta. Coincide con su padre, afirmando que los indígenas son únicos dueños de este territorio y sus legítimos guardianes.

Y aunque es cierto, fuera de fórmulas abstractas el asunto se enreda.

Como cualquier grupo humano, los indígenas alteran y afectan el entorno natural. Cantidad de ejemplos demuestran que lograron adaptaciones admirables y benévolas con los ecosistemas. Pero otras veces rompieron los equilibrios naturales, situación agravada por factores externos como el despojo de tierras fértiles, las malas prácticas agrícolas, la influencia de los colonos, el desplazamiento forzado, o dinámicas tan ajenas como el calentamiento global.

Observando el contexto se evidencia que las quemadas son apenas la cara visible del problema, estimulado por una mezcla perversa. Varias bonanzas han perturbado la armonía de la Sierra. Primero fue la marihuana y en épocas recientes los cultivos de coca. Ambos negocios dieron un sustento económico que posibilitó destrozarse áreas boscosas a magnitudes espantosas, en busca de nuevos suelos que reemplazaran los terrenos desgastados. A la cola de la marihuana penetró un batallón de colonos invadiendo selvas y resguardos. Nunca se fueron. Un crecimiento demográfico que no se corresponde con las mínimas ampliaciones de los resguardos también aportó su cuota. Mientras Gerardo Reichel-Dolmatoff, al elaborar el primer estudio profundo sobre esta etnia, valoraba la población kogui hacia 1946 apenas en 1.800 habitantes, ahora sobrepasan los diez mil con las parcelas agotadas en un territorio más reducido que el de antaño.

Hoy resulta difícil encontrar grandes extensiones de coca en la vertiente suoriental, menos de marihuana. Hay quien sugiere que las fumigaciones con glifosato agregaron un mayor arrasamiento del paisaje, lo que con toda seguridad es cierto. El monte abierto quedó detrás de todas las bonanzas y sigue quemándose cada año, deforestación que dio

para especular bastante a mediados de los noventa sobre la agonía del Guatapurí, caudal con sitios que eran imposibles de franquear sin cables, puentes o tarabitas. Por estos días de verano hasta los niños lo pasan a pie.

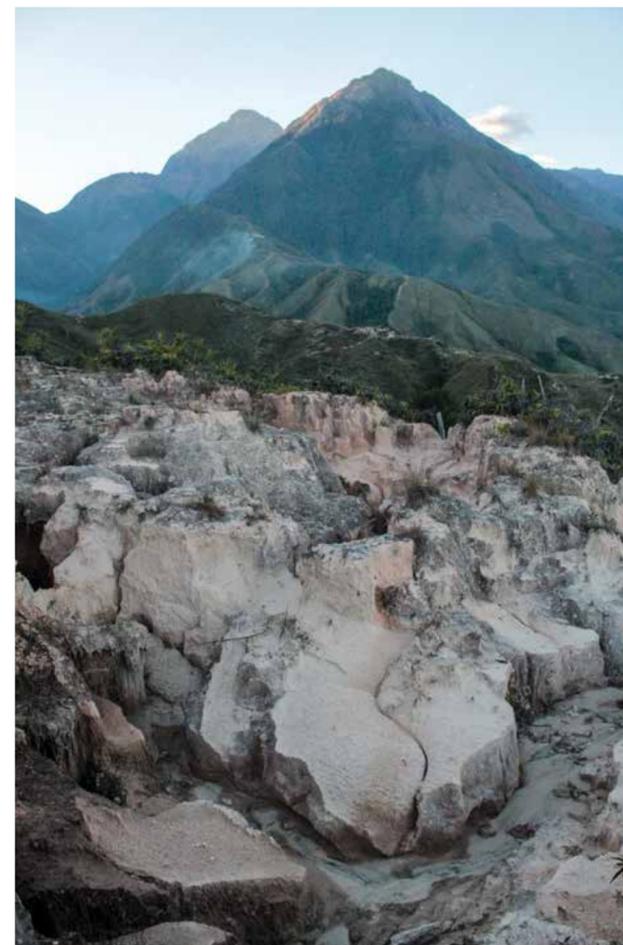
La presión sobre la selva sube de altitud, arañando peligrosamente los bosques de alta montaña que encierran páramos y cimas pedregosas. Los mayores las recuerdan brillantes de nieve dos generaciones atrás, picos que entonces eran semejantes a los gorros en la cabeza de los mamos: blancos y puntiagudos.

Una superstición dañina cree que la candela atrae la lluvia. Por eso se intensifican las quemadas comenzando el año, justo pasados dos meses de calor intenso que ya borraron varios arroyos portentosos. Las humaredas alcanzan dimensiones visibles hasta Valledupar, decenas de kilómetros a la distancia. Allí los periódicos le dedicaron tinta al asunto y algún secretario de medio ambiente amenazó con cárcel y cosas parecidas. Hace un año fuegos similares provocaron un incendio forestal que destruyó tres mil hectáreas de bosque en la vertiente occidental del macizo, jurisdicción del departamento del Magdalena, ocupada por colonos e indígenas ika, los célebres arhuacos. Los colonos quemar bastante, sin creencia alguna, a no ser la vieja tradición de echar la selva abajo arrasándola.

El año pasado Santa Marta sufrió un grave desabastecimiento de agua cuando varios afluentes que nacen en la Sierra se secaron a causa de una persistente ola de calor, que además provocó una crisis severa en La Guajira. Caso aparte es el río Ranchería, en la vertiente norte, disminuido por los hacendados y la mina a cielo abierto del Cerrejón. A su manera José Gabriel Alimaco habla con la verdad, a pesar de las incoherencias. Si se acaba la Sierra, se acaba la vida.

Ismael descuelga por la cañada. Un poporo baila en su mochila kankuama. Él, como tantos, es testigo del deterioro acelerado y progresivo de este paisaje todavía hermoso, que en otro tiempo fue sublime. La Sierra Nevada no es la misma de la infancia. La cosecha venidera será

mala y el agua se agota. Escasea la carne de monte. No se consigue leña, ni amanecen con nieve los cerros. Enfrente, en lo alto del filo, asoma una columna de humo. “Es en Avingüe”, dice cansado, “esos son los wiwa, están metiendo candela pa los lados de la Guajira”.



Los Resguardos fueron la policía más brava de comienzos del siglo XX. Cuidaban las rentas del alcohol y perseguían los alambiques como ahora se buscan los laboratorios. La garganta oficial de los departamentos era implacable. Pero el “chirrinche” se convirtió en “exquisito burbujeante de cereza”. La receta: maracuyá, agua y azúcar.

FIESTA Y MARACUYÁ



por TATIANA ACEVEDO

Ilustraciones: Verónica Velásquez

Brígida Maldonado hacía un chirrinche muy fuerte en Ocaña pero con el tiempo los clientes y los chismes atrajeron al Resguardo. El chirrinche es un licor hecho con panela y agua. Los Resguardos eran grupos de hombres armados que defendían el monopolio del gobierno sobre la fabricación y comercio de trago. Mientras la cuadrilla cruzaba el zaguán (y consciente de la agresividad con que se realizaban estos decomisos) empujó la tinaja al piso y el chirrinche cayó en los zapatos del Resguardo. Luego del decomiso siguió haciendo trago, pero para ella. Para condimentar su malgenio porque como los señores del resguardo, Brígida era agresiva. Se casó con Rito y tuvo a Eliécer.

Por pereza del marido, que no quiso trabajar para comprarle unos uniformes, el niño creció sin ir al colegio. Aprendió a manejar para trabajar como camionero y luego como contrabandista de whisky, yendo y viniendo de Venezuela. Eliécer hizo plata en los cincuenta. Compró vacas, hizo fiestas y tuvo hijos. Era tan mala persona que nadie se puso triste cuando murió de cáncer a los cuarenta y cuatro.

Con la plata del camión y de las vacas, su viuda (mi abuela Geno) mandó a cinco hijos y dos hijas a estudiar a la universidad. Entre los que acabaron primero la carrera estaba mi tío Emilio, que estudió química farmacéutica en la Universidad de Antioquia y se convirtió en el primer profesional de la familia. Recién graduado fue profesor de un colegio

en Medellín, enamoró a una alumna de once grado y viajó con ella a Bucaramanga. Al comienzo y en la olla tuvo que arrimarse a vivir con la mamá, que le prestó una pieza en la que se acomodó con la exalumna y un bebé nuevo. No sé si pensó en Brígida, el chirrinche, en Eliécer, en el whisky. O en que el trago y el goce de los demás empujaba a la familia para arriba. Pero llegó con la idea de montar una fábrica de vino.

No un viñedo, una fábrica. Arrendó una casa en el barrio Alfonso López y diseñó varias máquinas y procedimientos. Había tanques grandes de plástico azul y olía todo muy fuerte como cuando cualquier cosa se fermenta. Se trabajaba siempre con maracuyá. “Nuevo Caprichio, aperitivo de manzana” o “vino Caprichio, exquisito burbujeante de cereza”: todo era maracuyá, agua y azúcar. El misterio y el éxito dependían de una fórmula secreta del sabor que mi tío preparaba en la oficina. Había que deshacerse de cualquier recuerdo del maracuyá y darle gusto y color artificial, como a un chicle.

Se empezaron a vender muchas cajas y mi tío se volvió seguro y sabelotodo. Trataba de hablar bien, con muchas palabras. “Sigán, pasen para adelante y hacia adentro por favor”, decía cuando llegaba la visita y ofrecía de inmediato una “bebida refrescante”. Compró varias colecciones del Círculo de Lectores. Una de cuentos de amor franceses, una historia del arte, otra de la sexualidad humana. Nunca intentó, sin embargo, acercarse a élites más establecidas. Su hijo fue a un colegio de clase media, no hizo muchos amigos y se rodeó de todo tipo de familiares que viajaron a participar de la bonanza. En el noventa se compró una casa en un conjunto cerrado con piscina y tapizó varios techos con madera, como lo hacían usualmente los ricos búcaros a pesar del calor. Fue un periodo de fiestas. De cumpleaños, primeras comuniones bailables, discos de Los Diablitos y serenatas de mariachi. La familia probó la champaña y aumentaron los regalos de oro. Hasta yo, que en esta historia soy un personaje periférico, recibí una cadena y escogí un dije del perro Snoopy.

El vino de durazno se vendía particularmente bien, quizá por la fascinación que producía esta fruta, ajena a una región de mango y mandarina. A mi primo Pedro y sus hermanos los dejó solos el papá. Por eso, a pesar de que eran niños trabajaban en la fábrica después de salir del colegio. El tío Emilio les pagaba por lavar botellas y pegar etiquetas hasta bien tarde en la madrugada.

En 1992 mataron a Rafael Orozco y días después se murió mi abuela Geno de un infarto fulminante. Varias de sus hermanas ocañeras vinieron desde lejos y en bus al velorio, pues ya no vivían en el gran Santander sino en Valledupar. Tuviron que irse por falta de trabajo y miedo de que los hijos o nietos cayeran (o quisieran irse) en batidas de cualquier grupo. En el sur del Cesar, a unas horas de Ocaña, se formaban los primeros grupos paramilitares.

A la fábrica de Caprichio le iba mejor que nunca y Bucaramanga, como mercado de borracheras, se estaba quedando pequeña. Mi tío Javier, que vivía en Barranquilla, donde trabajaba como ingeniero, había empezado a interesarse por el negocio. A finales de los noventa tuvo la idea de trasladar la fábrica principal a la costa y le propuso a su hermano Emilio recibirlo como socio. Empleado desde siempre, estaba cansado del trabajo de oficina e imaginaba la vida de empresario como un sueño emocionante. Era 1999 y a Barranquilla entraba el Bloque Norte, bajo el mando de ‘Jorge 40’. En el país el presidente Pastrana, en su Plan Colombia, le declaraba la guerra a la hoja de coca e intensificaba las fumigaciones con glifosato. Como el maracuyá es barato y está libre de sospecha, el negocio despegó más que antes. Empleados y estudiantes de la familia renunciaron a sus oficios estables para participar en la nueva fábrica. El 31 de diciembre de ese año, todos nos vestimos de blanco para llamar a la buena suerte. Las mujeres nos untamos escarcha en los párpados para atraer la energía positiva. Pero, con los meses, nos fuimos tropezando entre las trampas y trancas de la movilidad social.

La alianza entre los dos hermanos se reveló imposible. Los gustos del uno avergonzaban al otro. El tío Javier se preocupaba por encajar por las buenas, sin incomodar las formas. Su esposa se esforzaba por practicar la zalamería y aprender la elegancia, copiándose la decoración navideña a las vecinas del barrio. El tío Emilio no comulgaba con la sobriedad. Él y su esposa vestían conjuntos de seda coordinados, al estilo Binomio de Oro. No se sintió bien recibido en algunas unidades residenciales del norte de la ciudad y decidió construir una propia.

Cada cual derrochó a su manera. Es fácil pensar que el tío Emilio, con sus pintas e incursiones en la decoración de interiores gastaba más. Pero es falso. Aparentar compostura e intentar parecer un rico de tradición es más costoso: admisión en el club con todos los sobornos del caso, preescolar bilingüe, universidades privadas, viajes de buen gusto (a Nueva York por ejemplo), apartamento en Bogotá con piso de madera. Para agravar la situación, la esposa del tío Emilio acogió a la familia que había dejado atrás en los ochenta. Una serie de hermanas y cuñados (exaspirantes a estafadores, artistas del tatuaje, pitonisas, divorciadas y cantantes de balada) fueron llegando desde Medellín.

Todos, los gomeles y los nuevos ricos, se encontraban en el centro comercial Buena Vista. La esposa del tío Javier miraba por encima del hombro a la esposa del tío Emilio y sus hermanas. Las paisas, presas de un resentimiento legítimo, juraron venganza. Los hermanos se dejaron de hablar. Ambos se acusaron, disolvieron la sociedad empresarial y se demandaron penalmente. El día de la diligencia judicial el tío Emilio llegó drogado con Xanax. El drama maduraba

y las responsabilidades de la fábrica, que cada día eran mayores, recaían sobre mi primo Pedro y sus hermanos. Si a finales de los ochenta lavaban botellas, a finales de los noventa inventaban sabores, dirigían a los trabajadores y hacían las ventas.

La pelea entre las familias fue irreversible y no volvieron a verse más. Hijos de cada parte intercambiaron mensajes electrónicos rabiosos. Las pitonisas emprendieron conjuros. El contexto era contencioso y complicado. El Bloque Norte, que intentaba bordear el río Magdalena, controlaba ya toda la ilegalidad en la ciudad y en el departamento. Caprichio se vendía como nunca e innovaba con promesas de nuevas sensaciones: “Caprichio Drink Whisky, te transporta a vivir momentos inolvidables”. “Licor de Aguardiente Cocoants: que produce una sensación de alegría y motivación”.

Pasaron unos años y, con el tío Javier fuera del negocio, comenzaron los problemas dentro del círculo cercano al tío Emilio. Fiesta larga, intoxicaciones con alcohol, demandas por alimentos, embarazo adolescente, desorden de cuentas. La esposa (y exalumna) lo mandó a seguir por un detective. No sé qué encontró, pero decidió dejarlo y quitarle la plata. Avariento, el tío Emilio decidió sacar a mi primo Pedro y a sus hermanos de cualquier escritura o pacto implícito. Los muchachos, montados en una rutina de trabajo pesado y despilfarro desde muy niños, no habían ahorrado un peso ni tenían cartón de estudios. Con el robo, cayeron en la ruina.

El tío Javier volvió al trabajo de oficina y su esposa alcanzó el sueño de ser una señora de costurero. El tío Emilio montó otra fábrica donde vende “delicias con sabor a vodka” y escribió un libro de superación personal llamado *Cuando la cabeza no se usa el cuerpo sufre*. Mi primo Pedro y sus hermanos, que fermentaron maracuyá todos los días durante veinte años, fueron el daño colateral de la fiesta. Algunos se enfermaron, abrumados por el guayabo y la desilusión. Otros venden agua en los pueblos, al sur del Atlántico, donde la fama de su fortuna no llegó y los pisos ni son de madera ni de cerámica sino de tierra. ☹



ES UN VINO JOVEN CON EL SABOR ÚNICO Y FRESCO DE LA MANZANA VERDE, ELABORADO CON LAS MÁS SELECTAS MANZANAS DEL MERCADO QUE SON LAS RESPONSABLES DE OTORCARLE ESE BALANCE ENTRE LA EXQUISITEZ Y LA SIMPLEZA.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

UN LIBRO Y UNA CARTA

El libro es *Recuerdos míos*, de Isabel García Lorca, hermana menor del poeta. El primer capítulo se abre con una foto memorable: Federico, de unos diecisiete años, enseña a leer música a Isabel, de cinco, cuyos ojos parecen querer tragarse el mundo. La obra está llena de pinceladas, muy finas y muy agudas, sobre las personas que integraron o rodearon esa familia, y también sobre su entorno granadino. Isabel, ya radicada en Madrid después de la diáspora, visita la Granada que tanto amó, y la encuentra ajena. No solo el hachazo de la guerra, sino también el del tiempo, le cobraron ese nuevo desarraigo.

La carta (1960) es la que escribió a Isabel su amiga Marguerite Yourcenar, después de un viaje a Granada, y tras haber visitado Vizar, el sitio donde asesinaron a Federico los soldados nacionales. No cabe aquí la carta entera, por desgracia, pero este párrafo (el penúltimo) lo resume todo, o casi todo:

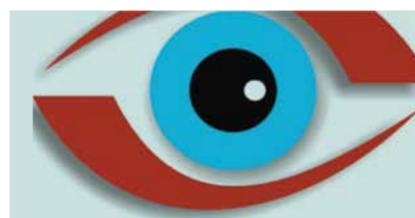
“Lo que yo querría sobre todo expresarle es que, al abandonar aquel lugar que nos designaron (y estas reflexiones son válidas aunque solo fuera aproximadamente exacto), yo me volví para contemplar aquella montaña desnuda, aquel suelo árido, aquellos pinos jóvenes creciendo vigorosos en la soledad, aquellos grandes plegamientos perpendiculares del barranco por donde debieron de discurrir antaño los torrentes de la prehistoria, Sierra Nevada perfilándose majestuosa en el horizonte; y me dije a mí misma que un lugar como aquél hace vergonzante toda la pacotilla de mármol y de granito que puebla nuestros cementerios, y que cabe envidiar a su hermano por haber comenzado su muerte en aquel paisaje de eternidad. Créame que al escribir esto, no trato de minimizar el horror de su prematuro fin, ni lo tremendamente angustioso que sería (al menos para mí) tratar de reconstruir aquella escena que sucedió allí, en un determinado instante del tiempo, y cuyos pormenores no llegaremos a conocer jamás. Pero es cierto que no cabe imaginar más hermosa sepultura para un poeta”.

P.D. Isabel García Lorca murió en el 2002, de 92 años. No llegó a conocer este libro con notas que escribí, dictó y recordó. No hay odio en estas páginas, dedicadas al amor.

2ª P.D. Para leer la carta completa (y vale la pena), consultar el volumen *Marguerite Yourcenar, cartas a sus amigos*, traducción de María Prieto Barral, Alfaguara, 2000.

CODA

La cantante Martina La Peligrosa es muy joven, muy bella, y es costeña hasta los tuétanos. Ofrece en Youtube sus “Lecciones de idioma cordobés”; son más de treinta, y las enviaría cualquier etnolingüista. Una palabra imposible, indigna de Martina. ☹



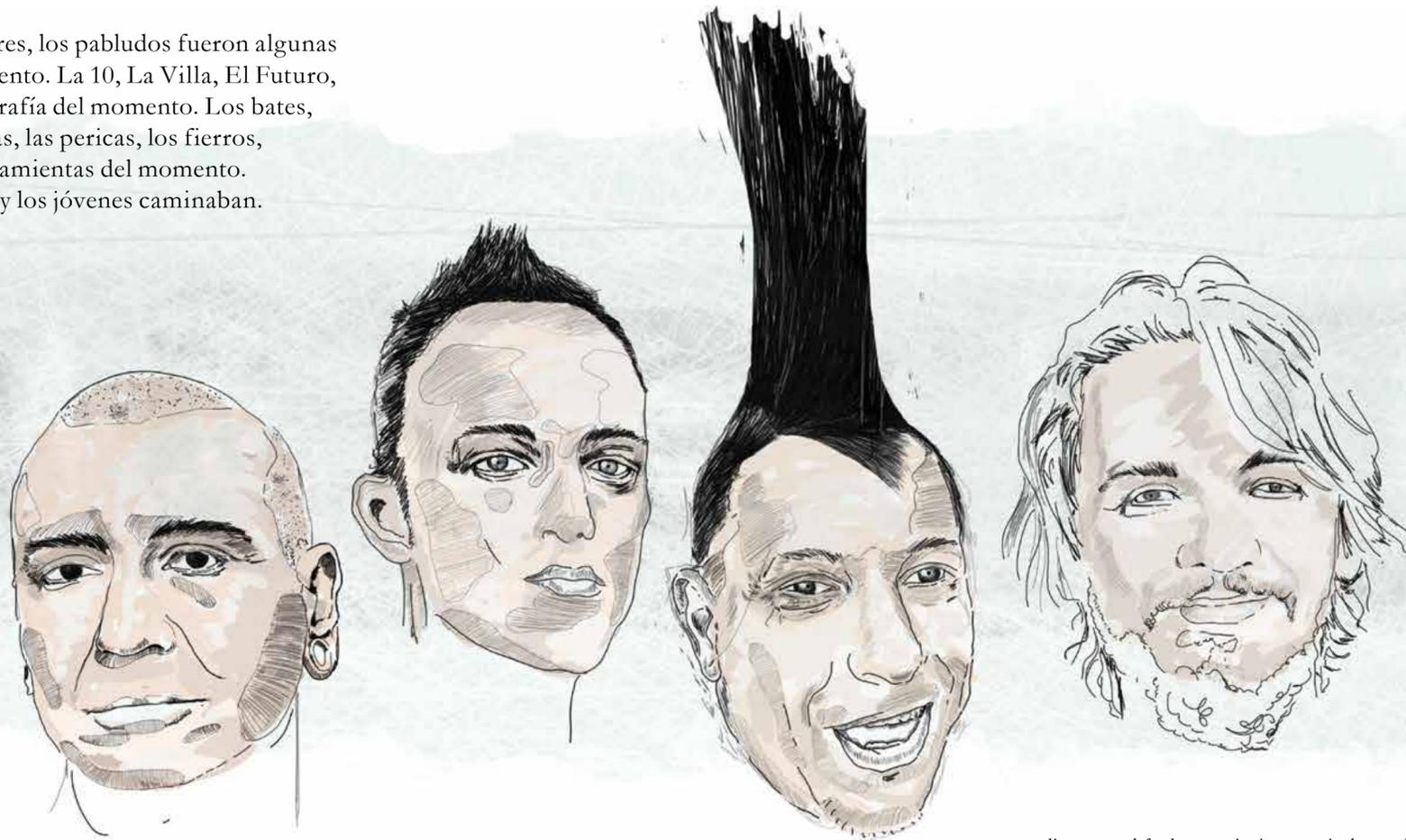
CIRUGÍA CON LÁSER

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

Clínica SOMA • Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Las barras, los volteadores, los pabludos fueron algunas de las palabras del momento. La 10, La Villa, El Futuro, La Canilla fue una geografía del momento. Los bates, las manoplas, las cadenas, las pericas, los fierros, las piñas fueron las herramientas del momento. Los barrios se juntaban y los jóvenes caminaban.



NO HAY FUTURO QUE PERDER

por JUAN JOSÉ GAVIRIA

Ilustración: Mónica Betancourt
Fotografías: Archivo José Juan Posada

La calle 10 de Medellín parece demasiado pequeña al final de la tarde. Los carros se apretujan en la estrecha subida y los transeúntes deben esquivarse para no chocar entre ellos. Los viernes la gente habla más duro que el resto de la semana y, en ese ambiente de bulliciosa ebriedad, los forasteros podrían pensar que la ciudad está de feria. Bajando, sobre el costado sur, una cantina con rocola y luz violeta ocupa el lugar en el que funcionaba la licorera Yogui y, un poco más abajo, desde la avenida, puede verse el parque de El Poblado como un bosque enano que gravita en torno a un balso.

Aquel frío viernes de octubre llegó puntual a la cita en la esquina de la buñelería. El primero en aparecer fue Ale. Lo había entrevistado unos días atrás en su casa de amplios ventanales y pisos de madera en el municipio de El Retiro. A sus 46 años se ve muy joven. Sus rasgos cálidos están interrumpidos por una cicatriz en la mejilla y pequeñas marcas en los párpados. Cuando se ríe cierra un ojo y su expresión parece la de un pirata. Ale nació en la zona de Los Balsos, en una finca de ocho cuadras que su papá después parceló. En su memoria de chamán,

El Poblado es un mapa en el que aparecen viejos nombres de los que conoce el origen. Ahora que la comuna catorce es una maraña de edificios, Ale puede recitar los nombres de las construcciones y recuerda las familias a las que pertenecían los lotes. Para él, como para el resto de las personas que entrevisté, el origen de la Barra de la 10 es confuso y difícil de explicar.

En 1985 un enorme guadal se elevaba en el lote contiguo al centro comercial Oviedo. Bajo el manto de su sombra, cuatro muchachos permanecían silenciosos y acucillados mientras se pasaban los cigarrillos. El olor acre del bazuco se mezclaba con los sonidos del viento, las hojas y los pocos carros que transitaban la avenida. En las primeras horas de la noche, cuando los efectos empezaban a desaparecer, los jóvenes caminaban en silencio hacia el norte, veían las enormes casas que todavía quedaban a lado y lado de la calle, pasaban junto a Finale, el bar que inauguró una época en el sector y que estaba por desaparecer, atravesaban el parque de El Poblado y seguían hacia Castropol, Peña Rubia y Florida Blanca. Entre ellos iba un joven de pelo largo, ojos cafés y rasgos finos al que llamaban Ale.

Por aquel entonces, José Juan Posada caminaba desprevenido por la calle 10. Tenía diecisiete años, era alto, su pelo castaño caía rizado sobre su espalda y los brazos largos y fuertes se cerraban en dos muñecas gruesas que sostenían dos manos de galeote. Vivía en Envigado, adonde había llegado después de que sus papás se separaran y vendieran su apartamento en Suramericana. El muchacho trabajaba en la agencia de publicidad de su tío en el Parque Lleras como una forma de terapia. Ya había sufrido varias adicciones y participado en rituales profanos sacados de los libros de Aleister Crowley. Para bajar desde el Lleras a la avenida, José Juan debía pasar junto a la licorera Yogui, un local enrejado que se atravesaba en el descenso por la 10. Afuera, en los muros de las casas vecinas a Yogui, un grupo de muchachos recostaba sus figuras desafiantes.

José Juan llegó un poco después a nuestra cita en el parque de El Poblado. Se veía fuerte. Llevaba la cabeza rapada en los costados y una línea de pelo desde la frente hasta el cuello. La leñadora de mangas cortas dejaba ver dos amplios tatuajes. Uno representa un pentagrama esotérico rodeado por

*Furia temprana gallito escolar
Canta braverito, me quiere sonar
Fina y afila en severo tropel
Crispa calles, gana piel.
Parlantes*

una circunferencia cuyo centro era su codo. En el otro brazo, en la parte interna, una cara de ultratumba parece animarse con cada movimiento del brazo. También una especie de alambre de púas envuelve una de sus pesadas muñecas en un trazo casi inacabado. Ale y José Juan se saludaron con efusividad. Aunque se habían visto en algún encuentro accidental en un centro comercial, nunca se habían reunido desde aquellos años. José Juan tomó su cerveza y miró al parque atestado de jóvenes que conversaban sobre los muros y las aceras. Se siente un fundador de esa forma de ocupar la ciudad. “Esto ya no parece mi parche... Ni una peleíta ni nada...”, dijo antes de retirarse.

Roque era un joven robusto, rubio y de mediana estatura que José Juan ya conocía desde la Barra de Sura, llamada así por las torres de Suramericana. Fue él quien lo invitó a quedarse en Yogui. Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, la acepción número veintinueve de la palabra “barra”, de uso limitado en algunos países suramericanos, se refiere a un “grupo duradero de amigos que comparten intereses comunes y suelen frecuentar los mismos lugares”. La de Sura era una barra de niños

dispuestos a defender su territorio, una actitud generalizada por aquel entonces en los barrios de clase media de Medellín y que se materializaba en la expulsión de cualquiera que consideraran un intruso. Los niños de las barras sabían pelear y eran expertos en ignorar el miedo. Los de Sura se habían enfrentado a los de Naranjal, Conquistadores, Carlos E. y La Iguaná.

Además de Roque, en Yogui también estaban ‘Conejo’, Freddy, Germán, Rúa, ‘El Mono’, Tomás, ‘Ari’ y ‘Yiyo’. Los rostros eran familiares entre ellos. Todos se habían visto alguna vez, todos conocían la reputación de José Juan, todos sabían que era un buen peleador y que cargaba rabia. El Poblado era ahora una amalgama representada de manera precisa por lo que ocurría en esa esquina. Medellín había ganado quinientos mil habitantes en la última década y El Poblado se había convertido en uno de los sectores de mayor crecimiento. Familias de todos los rincones de la ciudad llegaron a la Comuna 14 y ahora la minoría la formaban los viejos apellidos que le daban nombre a las lomas surorientales de Medellín. José Juan recuerda que Ale y sus amigos, los habitantes originales de El Poblado, lo “habían hecho correr un par de veces”. Ahora que se encontraban en Yogui, el respaldo de la barra era una garantía. Ale, por su parte, solo recuerda que vio a los muchachos en la licorera y se quedó con ellos.

La barra se consolidó a partir de 1985. Muchachos de Provenza, Manilla, el Lleras, El Frito y otras zonas de clase media de El Poblado llegaron a Yogui. También aparecieron jóvenes de sectores como Patio Bonito, Astorga y Santa María de los Ángeles. El magnetismo del grupo tenía que ver con una fuerza que parecía dominar la ciudad. En botellas, termos y galones se disolvían en alcohol pastillas de toda clase, particularmente *Rohypnol*; sobres y paquetes con marihuana, cocaína y bazuco se cargaban en los bolsillos como si fueran chicles. Varios de los muchachos eran huérfanos de padre o madre, algunos vivían con sus abuelas, otros eran hijos de nuevos ricos, ninguno tenía derecho a ser un simple curioso: el que se sentaba en Yogui tenía que estar dispuesto a actuar. La ciudad era el epicentro de un terremoto que resquebrajaría al país y las alcaldías no entendían lo que ocurría en la calle. Entre 1980 y 1988, año en el que se implementó la elección popular de alcaldes, Medellín tuvo siete mandatarios. Algunos gobernaron apenas por unos meses. La buena fama de ciudad responsable en la prestación de servicios públicos y espacios urbanos tenía el factor estabilizante de las Empresas Públicas de Medellín, una especie de monarquía institucional. Pero en cuanto a lo que pasaba en la calle, las cosas parecían de competencia nacional. En la práctica, de nadie.

El Mono venía del Centro y se había mudado a una enorme casa ubicada en la transversal superior con la loma de Los Balsos, la zona en la que creció Ale. A diferencia de Roque, quien era nervioso y explosivo, este tenía el don de la empatía. Era alto, delgado, rubio y bien parecido. Su mamá había trasladado La Whiskería, su negocio, a la zona de El Poblado. Era una mansión de amplios salones a donde llegaban José Juan y los demás para ver a las muchachas. También iban políticos, empresarios, mafiosos, policías, militares y toda clase de ciudadanos. Las ciudadanas, por su parte, eran jovencitas universitarias, hermosas contrataciones traídas del otro lado de la ciudad o putas comunes y corrientes como las de cualquier otra casa de citas.

Todos decían que El Mono era un buen piloto de motocicletas. José Juan lo esperaba en la portería de su casa (ya para aquel entonces vivía en la transversal inferior, unas cuadras abajo de La Whiskería) y se montaba sin miedo. Los parrilleros como él no abrazaban al chofer y nadie usaba casco por

esa época. José Juan se echaba hacia atrás y cruzaba los brazos o los extendía a lado y lado de la motocicleta. El ruido del motor acompañaba la conversación esporádica de los dos amigos mientras zigzagueaban entre los carros. Cuando parqueaban, el parrillero veía en los ojos rojos de El Mono las horas de trasnocho en el negocio de Los Balsos.

Por aquel entonces, José Juan sentía que había dejado de tener un hogar cuando sus papás se divorciaron, pero se reconfortaba con la familia que había encontrado en la 10. Si uno de los muchachos peleaba, todos lo seguían y formaban una trifulca que terminaba con brazos y piernas rotas, hematomas y rostros deformes. En los bares, sillas y mesas volaban por los aires, las botellas se quebraban en los cráneos. La 10 sabía pelear, eso estaba claro. En la esquina superior de Yogui todavía hay una pequeña carpa roja que hace las veces de pérgola. Sobre ese plástico templado, José Juan y sus amigos escondían bates, cadenas, chacos, manoplas, pericas, patecabras, varillas y cualquier cosa que hiciera daño. A José Juan le quedaba fácil estirarse, levantar el brazo y empujar la lona. Las armas caían al suelo y cada uno recogía la suya.

Se decía que los de la 10 eran “volteadores”, la palabra que hizo carrera en Medellín para referirse a alguien que sabe pelear. Los policías de la estación de El Poblado llamaban por su nombre a los muchachos cuando los llevaban presos al calabozo. Si los agentes pretendían llevarse solo a uno de ellos, al menos otro de la barra hacía méritos para acompañarlo. La manera más eficaz era pelear con un policía.

Esta orilla ya tiene dueño

Al otro lado del río, en el suroccidente de la ciudad, un ambicioso proyecto había cambiado la geografía. La Nueva Villa del Valle de Aburrá se fundó en 1985 en medio de Belén Las Mercedes, Miravalle, Los Alpes y Laureles. Unas dos mil personas llegaron al nuevo centro residencial. Parejitas jóvenes y trabajadores de todas las industrias, en general miembros de una clase media en ascenso, encontraron en La Villa un buen lugar para vivir. Las plazuelas comerciales se convirtieron en sitios de encuentro para jóvenes y niños que habitaban los apartamentos, pero también para muchachos de los barrios circundantes. Al igual que en la otra banda del río, un grupo de jóvenes ya era conocido como la Barra de la Villa: Escobar, ‘Pulga’, ‘Chino’, Uriel, ‘Mantequilla’, René, ‘Breaking’, ‘Cuca’, ‘Yiyo’. Al igual que en El Poblado, la zona atravesada por la carrera 80 se convirtió en un polvorín de jóvenes sin miedo. Aunque no tenía el carácter monolítico de la Barra de la 10, La Villa centralizaba la acción de grupos como La Canilla, La 84, Miravalle, El Emperador, El Pinocho, Los Colores, Conquistadores e Higos.

Desde que los de la 10 supieron de la existencia de La Villa, la rivalidad fue inmediata. José Juan, Roque, el Mono y los demás se habían obsesionado con defender su territorio de los foráneos y El Poblado se convirtió en un espacio vedado para ‘los villosos’. Fiestas de quince, inauguraciones de centros comerciales, el Festival de la Cerveza que se realizaba en el Palacio de Exposiciones, eran los lugares en los que estallaba el taco. Uno de los villosos recuerda una fiesta de quince en el Mueso El Castillo en la que José Juan irrumpió en el salón con un grito: “¿Dónde están los villosos para darles a esos hijueputas!”. Las peleas era monumentales y la violencia entre los dos bandos llegó a niveles que sobran el código penal. Entre algunos de los miembros de las diferentes barras de adolescentes, los bates y las cadenas dieron paso a pistolas, revólveres y armas de mayor alcance.

Por aquel entonces, los lugartenientes del Cartel de Medellín habían emprendido la labor de unificar su control sobre los combos de la ciudad. Personajes como ‘Pinina’ y ‘Enchufle’ empezaron a aparecer también en los barrios de estratos altos y ganaban simpatías con pequeñas dádivas o con su evidente despliegue de poder. Así mismo, aparecieron personajes de ese entorno en otros niveles. En Yogui, por ejemplo, era común ver a ‘Gustavito’, el hijo del más importante socio de Pablo Escobar, su primo Gustavo Gaviria. Algunos recuerdan también la llegada a la ciudad de la familia de Griselda Blanco, entre ellos dos de sus hijos que serían asesinados en una discoteca y en presencia de uno de los villosos que pude entrevistar. Pequeños guiños empezaban a verse como alianzas de poder y entre los jóvenes de las barras se empezó a hablar de respaldos de ‘pabludos’ y otros grupos. Medellín era una olla a presión.

En 1986 José Juan fundó la banda de punk I.R.A. Sus canciones tronaban contra el poder. *Maldita autoridad, Payasos de acero, Barquizidio, Publicidad política kagada*, eran algunos de los títulos. La rabia se vertía ahora sobre las guitarras y los micrófonos, y logró un rápido reconocimiento entre algunos jóvenes de la ciudad. Pero no abandonaba su amistad con su gente de la 10 y con quienes parecían destinados a sucederlos, los de la Barra de El Futuro. Esta última debía su nombre a una urbanización construida en el extremo sur de Patio Bonito, al occidente del parque de El Poblado y a las orillas de la avenida de Las Vegas.

José Juan y Ale me dijeron que en un momento llegaron a ser más de cuarenta sintiéndose parte de las barras de El Poblado. “Vamos a patrullar”, recuerdan que decían cuando salían a hacer un recorrido en el que una parte subía por la 10 y otros caminaban a la avenida El Poblado para subir por Zúñiga. Los dos bandos se encontraban en algún lugar en la transversal superior y seguían juntos su recorrido.

Nadie sabe cuándo o cómo la Barra de la 10 dejó de ser un grupo compacto. Tal vez nunca lo fue y solo los unía la adrenalina gregaria de las peleas y el descontrol de las fiestas. José Juan solo recuerda que cada vez estaba más inmerso en el mundo *underground*. Ale, por su parte, sabe que su precoz matrimonio lo alejó de la calle y del grupo. Caminamos hacia la esquina superior del parque y nos adentramos en el corredor que bordea el Multicentro Aliadas, sobre la avenida El Poblado. Ale señaló un local al otro lado de la vía donde se encuentra Drogas La Reba. “Ahí quedaba primero Finale y después Arrecife, dos barcos donde nos hacíamos mucho”, me dijo.

Muchos dicen que El Poblado cambió ahí, en el casi olvidado, y para muchos inolvidable, Finale. Hasta ese momento, mediados de la década del setenta, el centro de la Comuna 14 era una zona residencial y pacata que se concentraba alrededor de la iglesia con ladrillo a la vista inaugurada a principios del siglo XX. Con Finale, la vocación del barrio mutó imperceptiblemente. El plato estrella era el *steak* pimienta. Un grupo de artistas condimentaban el lugar, Óscar Jaramillo, Félix Ángel, Ethel Gilmour y Martha Elena Vélez. Cada tanto se exhibían los trabajos de alguno de los “once antioqueños”, como llamarían después a esa generación de pintores y dibujantes.

Una década más tarde Finale desapareció. Al otro lado de la cuadra, el bar y restaurante Anclan empezó a funcionar con cierto éxito. Los jóvenes de la 10, ahora más adultos, entraban para tomar un trago o comer algo. Ale era uno de los más constantes. En Anclan aparecieron mujeres que venían de lugares desconocidos, criaturas misteriosas

que habían llegado con los hombres que ahora ocupaban las mesas. Allí se sentaban 'Chirusa', 'Choza', 'Enchufle' o el mismo Pablo Escobar, quien había llegado por primera vez a El Poblado en 1977 cuando compró una casa cerca del Club Campestre.

Fue por esa época cuando el centro comercial Monterrey abrió sus puertas. Los de la 10, y sus sucesores de El Futuro decidieron conquistar el lugar. Se libraron batallas con la gente de La Villa, quienes habían aceptado el reto y se mostraban cada vez más provocadores. En una ocasión irrumpieron en la 10. Iban en dos carros, patrullando. José Juan estaba con sus amigos no muy lejos de allí. "Llegaron los de La Villa, nos van a levantar", le dijeron desde una camioneta. Se montó de un brinco al platón junto a otros amigos. Dos motos los acompañaban. Pararon en la esquina de Yogui para bajar los bates y las cadenas que tenían en la pérgola. El sonido del metal, el ruido de las llantas y los insultos debieron asustar a los vecinos. Uno de los carros de La Villa se voló en el cruce de Vizcaya, y José Juan y los demás saltaron de la camioneta para bajar a los intrusos. La golpiza fue brutal. Uno de los de la 10 perdió un dedo de un navajazo.

A finales de 1988 la barra se había atomizado. La tragedia de Medellín se vivía también en las calles de las clases privilegiadas. Yiyo, Rúa y Capeto, tres miembros de la 10, aparecieron asesinados en el norte de la ciudad. Un rumor recorrió las calles. Se decía que había grupos de limpieza interesados en eliminarlos, pero ninguna versión fue confirmada. Después murió Ari también sin explicaciones. Por La Villa cayó El Chino, le dispararon en la cabeza cuando estaba en el mall de La Fe. El Apocalipsis del que se hablaría más tarde, los más de seis mil asesinatos en 1991, podía ya sentirse desde aquel entonces. Los muchachos de la 10 sufrieron varios atentados. José Juan recuerda que alguna vez les hicieron una redada en el bar La 21, en Zúñiga. Le rompieron la cara con un tubo mientras lo interrogaban. Querían saber para quién trabajaban los muchachos de El Poblado.

A finales de la década a José Juan se le veía por las calles con una cresta que se hacía con jabón para lavar ropa. Había perdido un ojo al caer de un carro en una persecución policial y, tras regresar de México, a donde sus papás lo enviaron para tratar de salvarlo, solo quería saber de punk. En las madrugadas, después de sus excursiones a lo que por aquel entonces empezaron a llamar las comunas, donde se vivía con mayor fuerza el mundo *underground*, el líder de I.R.A. llegaba al parque para terminar la jornada. Allí se encontraba con los de la 10, con quienes ya no compartía muchos gustos, pero seguían siendo sus amigos. Después de sus noches de farra en las discotecas de moda — Kevin's, San Mateo, La Baviera o Acuaris — era normal que alguno de los antiguos visitantes de Yogui se apareciera para rematar.

Aquella noche, El Mono llegó enfistado. Los punkeros estaban recostados en la puerta de la nave izquierda de la iglesia de El Poblado. La vieja plaza estaba casi desierta a las dos y media de la mañana y El Mono parquéo su moto junto al atrio. José Juan celebró la llegada de su amigo con abrazos y apretones de manos. El Mono dijo que tenía que orinar y caminó hacia el callejón que forman el muro del costado norte de la iglesia y la construcción vecina. Fue cuando José Juan y los demás oyeron los disparos. El Mono estaba en el piso y la sangre brotaba de su cabeza. Algunos lo arrastraron para montarlo a un carro mientras los últimos reflejos electrizaron el cuerpo. José Juan detuvo la turba que gritaba y su voz se oyó bronca y definitiva: "Déjenlo tranquilo". Se agachó



y le cerró los ojos a su amigo de la 10, lo abrazó y lo acompañó a morir. "Andate fresco, Monito", le repetía, en una letanía insistente.

Han pasado veinticinco años desde la muerte de El Mono. Ese frío viernes de octubre, José Juan, Ale y yo bordeamos el parque, atravesamos la avenida y pasamos junto a los Perros de Lucho para subir al atrio. En esa venta callejera fue donde comenzó la persecución en la que José Juan se sumió en un coma del que despertó sin un ojo. Ale recordó que una vez, en medio de su desenfreno, subió un Suzuki hasta el atrio y golpeó la puerta principal del templo. La iglesia de San José de El Poblado estaba abierta y con un carro estacionado en el vestíbulo.

Arriba, en el atrio, José Juan contó cómo habían matado a El Mono y dramatizó el momento en que cargó el cadáver de su amigo para decirle que se fuera tranquilo. Cuando le pregunté algo más, quiso que no me fijara en el quiebre de su voz y tomó fuerzas para que las palabras salieran sin fisuras. A José Juan todavía no le gusta que lo vean débil. Después nos llevó al túnel que forma el muro norte de la iglesia con el edificio contiguo y señaló dos agujeros casi imperceptibles. "Esos son los disparos", dijo.

La noche estaba todavía muy joven, pero ya ellos no son los muchachos de la 10. Ale iba a recorrer más de cien kilómetros en bicicleta al día siguiente y José Juan estaba esperando a su mujer para tomarse una cerveza y guardarse temprano. Los dos hombres se alejaron y la fugaz resurrección de la barra volvió a desvanecerse en el asfalto. A medida que se alejaba, varios músicos que estaban por ahí saludaron con respeto a José Juan.

La Barra de la 10 se extinguió sin firmas ni actos de clausura, tal como había surgido. Uno de sus últimos muertos fue Roque. Lo asesinaron algunos años después que a El Mono. Estaba en la calle 10 cuando recibió el balazo. Hubiera sobrevivido, pero era nervioso y sufrió un paro cardíaco cuando lo llevaban al hospital. Poco tiempo después, José Juan se fue a vivir a Estados Unidos, donde tocó en bares míticos del punk, como CBGB'S y Coney Island High, en Nueva York, y varios más en Orlando, Fort Lauderdale y Miami. Regresó a Medellín en 2009 y todavía hace música, pero su actividad principal es el comercio de ropa en los pueblos del oriente. Vive en Santa Elena con su mujer y su hijo, y procura no ir a Medellín. Ahora que mira atrás, tiene claro que sin el amor y la persistencia de su mamá y su hermano jamás habría sobrevivido a aquellos años. "Ellos se merecen todo el crédito", insiste. En un cajón de su casa tiene un guión cinematográfico que se inspira en lo que ocurrió durante aquellos años. Quiere enviarlo a la convocatoria de estímulos del Ministerio de Cultura. José Juan trabajó en el staff de *La vendedora de rosas*. El director le propuso que actuara pero él no quiso y se conformó con hacer parte del equipo de producción. Desde entonces se enganchó con el cine. Ale, por su parte, logró consolidar hace más de una década una empresa de manejo de residuos sólidos. Es un hombre próspero y se ha convertido en un ciclista consumado.

Es domingo en la noche y llueve apenas. La calle 10 y el parque de El Poblado están desiertos. En un bar de la esquina dos mujeres se besan y un hombre viejo las mira con lascivia. El enorme balso del centro del parque se mece por encima de los carboneros y demás árboles. El de El Poblado es un parque como cualquiera. Entonces recordé lo que respondió uno de los villosos cuando le pregunté por qué intentaban entrar a El Poblado si sabían que habría problemas: "¿Ah, y por qué no?", dijo. Tenía razón. ¿Por qué no? ☹

PRESENTACIÓN DE NUEVO PARTIDO POLÍTICO EN OTRAPARTE

COMUNICADO N.º 1*



"Venga toda la juventud, toda la niñez, todo lo que es porvenir; a la oposición, porque nos han engañado y van a decir que no dejamos huella en la bendita tierra que habitamos"

Fernando González

Pronto anunciaremos un suceso político y cultural de gran importancia para la vida diaria de los colombianos: el nombre, los principios y los candidatos de un nuevo partido para la recuperación de la inteligencia y la creatividad como arma de lucha en la política y la cultura en Colombia. Este partido tendrá su cuna en Antioquia. Aquí va a nacer algo raro. ¡Pueblo sorprendente que vende acciones, vacas adelantadas, atados, marranos en pie, minas y coños!

Será diferente de los que existen hoy en la República. Se distinguirá de los unos en que no se compondrá de ideas recortadas a tijera; de los otros, en que no estará al servicio de nadie sino de algunos sentimientos delicados, tales como el amor a lo original, a la desfachatez, al país y al arte. Será un partido desfachutado. Pero jamás causará heridas dolorosas; acariciará apenas.

No esperamos mucho, pues este partido es hijo nuestro, y nosotros *vivimos a la enemiga*; nuestros copartidarios no están en los partidos que hoy se anuncian en Colombia, ni entre los gobernantes, sino en vientres vírgenes aún.

Al observar a los políticos y a la prensa, lo primero que resalta es el espíritu de partido: para estos, todo en el Gobierno está bien; para aquéllos, todo está mal. No hay una sola organización, un profesor, un profesional, nadie que juzgue los acontecimientos patrios con criterio que esté a un metro siquiera por encima del presupuesto.

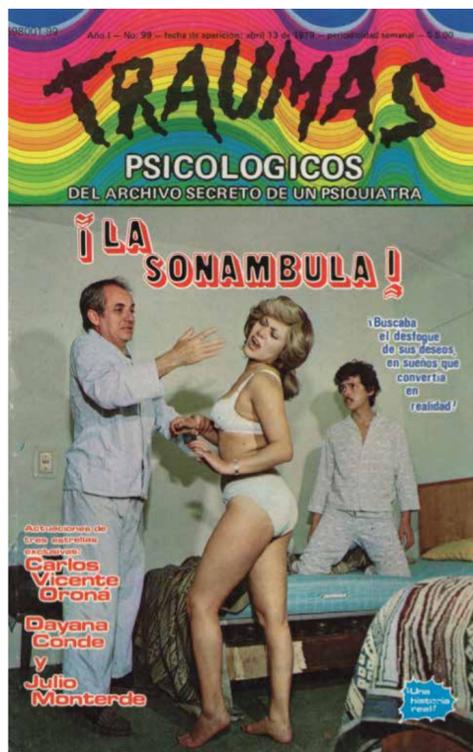
Es preciso estudiar este fenómeno, su origen, sus modos, su determinación, pues, al hacerlo consciente, quizá lo erradiquemos en dos o tres jóvenes, y eso sería bastante para ayudar a Colombia en los días negros que acontecen.

Hoy, en ninguna parte sienten el individualismo. Los solitarios somos inactuales. Pero, cuando nos inviten a sus crápulas, a sus *tomas de Abisinia*, a sus *derechismos e izquierdismos*, les gritaremos la palabra mágica del héroe: ¡mierdas! Nuestro punto de partida y de llegada no estará en derecha, izquierda o centro: estará en Otraparte.

Nuestra cita es en la Casa Museo Otraparte el 16 de febrero de 2015 a las 7:00 p.m. Según lo anunciado, revelaremos principios, nombres y candidatos, pero hasta dicha fecha no adelantaremos más información.

* Se usaron libremente en este comunicado textos del maestro Fernando González.

FOTONOVELAS Y CULTURA PSI por ANDRÉS RÍOS MOLINA*



Durante el siglo XX los términos provenientes de la psiquiatría y el psicoanálisis llegaron al habla y la mente cotidiana. No solo se popularizaron los criterios para comprender la enfermedad mental, aprender a reconocer al “loco” y saber cómo tratarlo, sino también para comprendernos a nosotros mismos, nuestras emociones, sentimientos, filias y fobias a partir de referentes “científicos”. A este proceso de masificación de conceptos provenientes de la psiquiatría y el psicoanálisis se le conoce como Cultura psi. Saberes que han colonizado la vida íntima: los sueños, la vida sexual, las relaciones familiares y los roles de género al brindarnos principios para definir lo aceptable y lo reprochable, la cordura y la locura. Términos que se gestaron en la psiquiatría en la segunda mitad del siglo XIX han colonizado el lenguaje de la cultura: todos hablamos de histeria, neurosis, psicosis, manía, demencia, paranoia, alucinación, delirio..., y desde hace unos años hemos sido testigos de la paulatina desaparición de la tristeza, que ha mutado a la enfermedad depresión. Hemos psiquiatrizado nuestro lenguaje y las formas de entendernos.

También el psicoanálisis ha hecho lo suyo: trauma, narcisismo, inconsciente, Edipo o castración son términos que se han instalado como referentes habituales. Hemos incorporado todos esos conceptos como herramientas para clasificar y comprender las formas de comportamiento humano en función a una tenue frontera entre lo normal y lo anormal.

¿Cómo transitan los saberes psi del terreno científico a la vida diaria de todos los mortales? Los medios de comunicación, el arte, la literatura y el entretenimiento se han encargado del trabajo. La locura y sus saberes han estado presentes en el cine, el teatro, la literatura, las artes plásticas. *El gabinete del Dr. Caligari* (1920), *Last Flew Over the Cuckoo's Nest* (1975), *Frances* (1982), *Sybill* (1976), *Spider* (2002); Hitchcock, Buñuel, John Nash, Ibsen, Nordeau, Van Gogh, los surrealistas, todos los poetas malditos, José Asunción Silva, Epifanio Mejía... La lista es larga. La locura ha sido una fértil estrategia narrativa usada para representar los laberintos de la mente.

Sin embargo, la conexión entre los saberes psi y la cultura no se limitó a los sectores “cultos” de la sociedad. Por ejemplo, después de la Primera Guerra Mundial comenzó a circular en América Latina el semanario *Cine Mundial*, que se imprimía en Nueva York e informaba los pormenores de las películas y actores de moda. En su interior, entre 1931 y 1933, hubo una sección llamada *Psicoanálisis*, donde los lectores enviaban cartas describiendo sus sueños que eran interpretados por un supuesto psicoanalista. Para una mirada purista y ortodoxa, estas manifestaciones serán clasificadas como un psicoanálisis “silvestre” ergo desdeñable; pero para quienes nos interesamos en la cultura popular, estas son valiosas rutas para calibrar la apropiación masiva de términos e imaginarios del mundo psi.

Fueron numerosos los periódicos, revistas y comics donde el psicoanálisis se

hizo presente, como lo ha demostrado Ely Zaretzky en su libro *Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis*. En el caso latinoamericano la fotonovela hizo lo propio, y en este género México fue vanguardista, y como suele ser en este país, masivo: en las décadas del sesenta y setenta se llegaron a imprimir hasta un millón de ejemplares a la semana. Este fue un género de transición entre el cine melodramático y las telenovelas, cuya edición barata permitía el acceso de las

clases populares a las “nuevas historias de siempre” en un periodo donde la asistencia a cine se redujo y la televisión todavía no llegaba a la totalidad de las familias.

En la búsqueda de las huellas de la locura en las fotonovelas encontré dos de amplia circulación en México: *Manicomio* y *Traumas psicológicos*. La primera tiene la estructura clásica del melodrama, mientras la segunda está inspirada en una fantasía sexual masculina. La primera es una lectura



“sentimental” para un público femenino, y la segunda una ojeada “erótica” dirigida al público masculino. Ambas apelan a la emoción para vincular al lector: *Manicomio* mueve al llanto y *Traumas psicológicos* a la erección.

Manicomio formó parte de una triada de publicaciones que entraron en circulación de manera simultánea bajo la producción editorial de Vicente Ortega Colunga (1917-1985): *Monstruos e Islas Marias*. Este hombre fue de los primeros editores en llevar mujeres semidesnudas a revistas que alcanzaron una alta popularidad como *Latin Señoritas*, *Yo y Caballero*; la primera fue la versión de *Playboy* en México. Además, Ortega Colunga publicó dos fotonovelas de alto impacto: *La vida deslumbrante de María Félix y Vida y Amores de Pedro Infante*, con las que rompió récords editoriales al tirar doscientos cincuenta mil ejemplares por semana. Ortega Colunga fue director de una de las más conocidas revistas erótico-culturales de mediados de los setenta *Su Otro Yo*, donde se publicaban escritos de Renato Leduc, Gustavo Sainz y Carlos Monsivais.

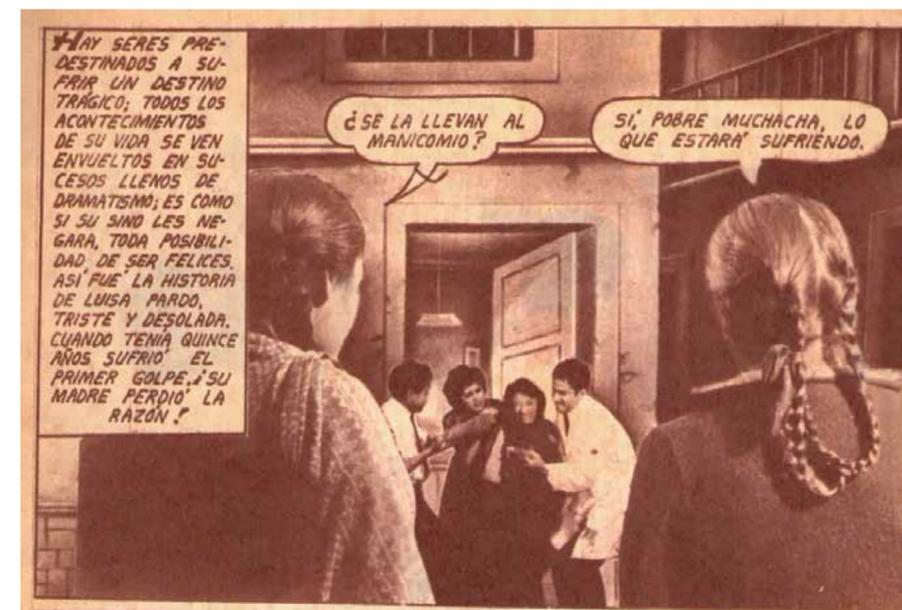
En *Manicomio*, la “locura” era la principal protagonista. El encierro y el mundo de la psiquiatría aparecían como telón de fondo de historias con las características propias del melodrama, presentes en todas las narrativas populares, desde las canciones y el cine hasta la historietita y la radio-novela. El aroma de la narrativa melodramática es fácilmente perceptible en *Manicomio*, tanto en los temas como en los personajes: hombres y mujeres cuyo destino promisorio y feliz termina en tragedia y sufrimiento debido a la irrupción de la locura.

En un mundo donde el rico es malo y el pobre bueno, el camino a la felicidad se ve obstaculizado por las drogas, el alcohol, las mujeres malas y el sexo fuera del matrimonio; trampas interpuestas por el fatídico “destino”. Pero, además, en esta fotonovela es constante la presencia del psiquiatra, del manicomio y del lenguaje científico para comprender la locura. Como muestra un botón de la camisa de fuerza:

“Hay seres predestinados a sufrir un destino trágico; todos los acontecimientos de su vida se ven envueltos en sucesos llenos de dramatismo; es como si su sino les negara, toda posibilidad de ser felices. Así fue la historia de Luisa Pardo. Triste y desolada. Cuando tenía 15 años sufrió el primer golpe: ¡su madre perdió la razón!”

Mientras la joven es llevada a la fuerza por dos trabajadores del manicomio, lo que deducimos por sus batas blancas, dos vecinas que vemos de espaldas nos dan su punto de vista, a manera de opinión pública: “¿Se la llevan al manicomio?”, “Sí, pobre muchacha, lo que estará sufriendo”. En este tono las dos mujeres, como una voz colectiva y anónima, predisponen al lector y le dan la bienvenida al mundo del sufrimiento, elemento propio del melodrama: la locura como sinónimo de sufrimiento y el manicomio como escenario del mismo.

El número titulado *Tengo un hijo anormal* es una típica tragedia donde el destino se encarga de que si las cosas salieron mal, salgan aún peor. Es la historia de un hombre que creció en un hospicio para huérfanos, espacio asociado



a una infancia triste y, en consecuencia, cuna de “un complejo de inferioridad que le impedía tener una vida social normal”, y origen de un pasado oscuro como misterio a desentrañar.

La noche en la que fue abandonado un canasto con un niño frente al orfelinato definió el fatídico rumbo de Salvador. Creció, se convirtió en hombre de bien, trabajador, sin vicios, conoció una buena mujer con la candidez, la ternura, abnegación y belleza que la convertirían en la esposa ideal. Pareja ideal, matrimonio idílico, tuvieron un hijo y eran muy felices, la vida les sonreía, pero después de unos años notaron que el niño no era “normal”... No hablaba, tenía un retraso mental. El culpable: la herencia nefasta por el lado paterno, la familia desconocida, ya que del lado materno todos eran “limpios y decentes”. Pero eso no fue suficiente. El padre guardaba el arma de dotación que le daban en su trabajo y una noche el niño la tomó y se disparó en la cabeza. La pareja envejeció cargando la culpa, llorando a solas en el cuarto del niño muerto y entre lágrimas y sufrimiento pedían disculpas a su hijo por haber sido malos padres.

Pasemos del melodrama a la sexualidad incontrolada. El subtítulo de *Traumas psicológicos* era una invitación a deslizarnos hacia las intimidades resguardadas por el especialista en los laberintos de la mente: *Del archivo secreto de un siquiatra*. El principal argumento de esta serie es que las mujeres tienden a la locura. En los doce fascículos que pude consultar solo hay casos de locura femenina. Lisa de Liz, actuando como Laura, tenía un “terrible complejo de inferioridad sexual”. Rosario, la esposa del señor Cabrera, enloqueció por las llamadas de María, la mujer que le quiere quitar al marido. Carmen era una sonámbula por culpa de la represión sexual a la que ella misma se sometió por años, hasta el día en que llegó su sobrino de visita y su deseo sexual la

llevó a caminar, sin tener conciencia de ello, hasta la cama del sobrino para tener sexo con él, regresar a su cama y al otro día no recordar nada.

Un argumento constante en esta fotonovela es que la locura aparece como consecuencia de un trauma del pasado. El concepto “trauma” es entendido como un suceso tan impactante emocionalmente, que genera un “complejo” que, a su vez, se traduce en conducta “anormal”. Veamos un caso. La sensual Cristina no confiaba en los hombres. Atendía un almacén de ropa en un centro comercial y veía el coqueteo entre los jefes y las vendedoras. Ella les hacía ver a sus compañeras que la amabilidad de los hombres ocultaba intenciones perversas. Pese a su desconfianza llevaba tres meses con Juan, quien la veía pasar de la amabilidad al enojo en cuestión de segundos. El problema radicaba en que a ella solo le lograba erotizarla el recuerdo de Alberto, su amor de adolescencia. Mientras tenían sexo fueron sorprendidos por el padre de ella quien la maltrata verbal y físicamente. “Las palabras del brutal hombre se quedaron como parte de su memoria”. Este fue el suceso traumático que la llevó a tener conductas anormales. Cuando Cristina comenzaba a besarse con el novio los recuerdos y temores que le llegaban a su mente la paralizaban. De repente, se armó un problema terrible cuando el novio de una compañera le tocó la mano a Cristina por accidente y ella se convenció de que él quería seducirla para después aprovecharse. Estalló en una crisis neurótica en el almacén frente a sus compañeros de trabajo. El narrador nos dice: “Cristina se fue desquiciando a medida que hablaba y la gente la miraba con miedo y lástima”. Y continúa “Al fin afloraban sus instintos mal encaminados y carcomidos en el fondo de su subconsciente”. En cuestión de segundos llegaron los enfermeros y se la llevaron al manicomio.

En la última escena la vemos con una camisa de fuerza y aterrizada por el recuerdo traumático: el castigo del padre. *Traumas psicológicos* presenta pues historias construidas en la lógica de las fantasías sexuales masculinas: que la esposa enloquezca y le deje a la sobrina en reemplazo; que después de irse con la amante, la mujer enloquezca y muera en un manicomio; que la esposa del tío llegue a la cama todas las noches a tener sexo y al siguiente día se levante como si nada; además, en medio de la crisis de pareja la recomendación terapéutica del psiquiatra es el divorcio.

Siguiéndole los rastros a la cultura psi, llegué a estas fotonovelas. La figura del psiquiatra, la génesis de la locura, los síntomas y los tratamientos que se plasman en estas series fueron adaptados a su propia lógica: el melodrama y la literatura roja. Una desde la tragedia y la otra desde la fantasía sexual masculina. En una la locura era un designio del destino, y en otra los traumas aparecían en las mujeres sexualmente reprimidas. En ambas publicaciones aparece el psiquiatra y la psiquiatría para validar patrones de exclusión, el niño de orfelinato tiene un pasado peligroso, que lo convierte en una amenaza genética. Los prejuicios se basan en un estereotipo de la mujer buena, recatada y reprimida, versus la mujer mala, erotizada y sin traumas; lo cual pone a la locura del lado de la mujer recatada. Los hombres aparecen como sujetos buenos dispuestos a tener sexo y víctimas de la locura de las mujeres. Mitos que se han transitado por los miedos, las fantasías, las filias y las fobias que estructuraron los modos de sentir y pensar. Mitos que se han etiquetado con términos científicos que se han hecho habituales, pero que al fin de la historia son remasterizados con la complicidad de la cultura machista y el omnipresente melodrama. UC

*Profesor Universidad Nacional Autónoma de México

El Colombiano Culero

En medio del debate migratorio en Estados Unidos, los colombianos se perciben como los aventureros de la clase media: ni tan pobres como centroamericanos y africanos, ni tan ricos como blancos y asiáticos.

por EDWIN GIRALDO

Ilustración: Cachorro

¿Y tú qué vienes a hacer aquí a la cocina? —me preguntó Daniel, un joven salvadoreño que conocí en Café Salsa, un restaurante latino que recién abrió sus puertas en el verano del 2009 en la calle 14 de Washington, DC.

—Vengo a recoger la comida. Soy el nuevo *food runner* —respondí con desconfianza, pues era mi primer día y esperaba otra bienvenida.

—¡Va! ¿Pero cómo es eso, si tú eres colombiano? —replicó el centroamericano.

—¿Qué tiene que ver el hecho de que sea colombiano? Vine a trabajar. ¿Tiene algo de malo? —le dije.

—Pues me parece muy raro porque todos los colombianos que conozco hablan inglés, son meseros y hacen plata. Vos sos el único culero que viene aquí a recoger platos.

En la jerga salvadoreña, culero es la grosería comodín. Se refiere a la persona que usa el culo para el placer sexual, aunque en ciertos contextos se convierte en una expresión fraternal. Es como gonorrea en Medellín, una forma vulgar de insultar al enemigo o reírse con el amigo. Este tipo de palabras no deberían aparecer en una publicación que respeta el idioma, pero con ellas entendí un poco mejor cómo nos perciben otras culturas en Estados Unidos.

Pasó un mes desde mi debut en Café Salsa. Me iba muy mal. Mi jefa, Isabel, una caleña, quería echarme desde el principio. Supongo que nunca se soltaba el cabello para mantener su impecable estilo militar. Cuando llegaba al restaurante, hacía una ronda por las mesas revisando el brillo de los vasos. Una huella digital en el cristal podría significarle menos horas de trabajo a un empleado, y por eso los veinte segundos de requisa daban pánico.

Una vez me sugirió que buscara trabajo en otra cosa, porque "gente como yo no debería estar ahí". No supe si lo dijo por mí entonces inútil título universitario, o por lo inútil que era como trabajador. Y nunca lo sabré. Seis años después, averigüé que Isabel pagaba diez mil dólares de renta por el local, que sus cheques con frecuencia resultaban sin fondos, y que huyó para Colombia porque tenía problemas de impuestos con el Servicio de Rentas Internas (IRS por sus siglas en inglés), que en Estados Unidos mete más miedo que una corte federal.

Un día, como de costumbre, llevé la comida al lugar equivocado porque no entendí el número de silla y cliente. Esto alivió la noche aburrida de Daniel y sus amigos, quienes no paraban de murmurar en la cocina condimentando mi desgracia. Esa noche de sábado finalmente hice estallar una bomba de frustración que tenía adentro:

—¡No me jodan más malditos pirobos! —les grité con energía. Me desahogué, me sentí bien.

Imposible olvidar la reacción de esos tipos. Estaban felices, se reían como si hubieran escuchado el mejor chiste y, peor aún, me pedían con insistencia que repitiera la palabra desconocida. Con gusto lo hice:

—¡Malditos pirobos!

Lo que nunca imaginé es que ese insulto sería mi condena. Hasta el día que me echaron del restaurante, nadie volvió a llamarme por mi nombre. Para ellos, yo era 'Pirobo', el colombiano que recogía la comida.

Sin duda, entre la comunidad hispana de Estados Unidos hay una extraña fascinación por Colombia. Desde lo bueno, como las selecciones de 'El Pibe' y ahora James; hasta lo malo, con la cultura traqueta de Pablo Escobar. Aunque me prometí no ver *El patrón del mal*, sucumbí porque no soportaba mi ignorancia en tantas conversaciones con centroamericanos, mexicanos, venezolanos, y hasta una colega argentina que me encanta. La única vez que pude captar un buen rato su atención fue para explicarle qué tan real era la serie.

Pero esta fascinación también se sustenta en un estereotipo construido por nuestros connacionales en medio siglo de historia. Según la Cancillería, 4.7 millones de colombianos viven en el exterior, de los cuales el 36 por ciento están en este país. Se cree que unos cuatrocientos mil están indocumentados, y la comunidad más grande está en Miami Dade, Florida.

Por su parte, el Centro de investigación Pew asegura que el porcentaje de colombianos en Estados Unidos que viven en la pobreza es del trece por ciento, una cifra inferior al promedio general del país. Para el 2011, el ingreso promedio de un colombiano mayor de dieciséis años en Estados Unidos era de veinticuatro mil dólares al año, mejor que el promedio general entre hispanos pero inferior al de la población total. Y además, el sesenta por ciento de los colombianos en Estados Unidos habla muy bien inglés. Tenía razón Daniel el salvadoreño, cuando me criticó por ser *food runner* y no mesero. (El *food*

runner no habla con el cliente y cobra una mínima comisión de la venta final. El mesero convence al cliente de consumir y cobra, en Washington, una propina promedio del dieciocho por ciento).

Pero no es una tendencia nueva, según Juan González, un periodista de origen puertorriqueño que escribió *Harvest of Empire* (La Cosecha del Imperio) para contar la historia de los hispanos en Estados Unidos, las primeras olas de colombianos llegaron en los sesenta. A diferencia de cubanos y dominicanos, no eran perseguidos políticos. Tampoco contratistas o campesinos como puertorriqueños y mexicanos, sino en su mayoría trabajadores con mano de obra calificada, provenientes de la clase media, y más blancos que negros, un detalle que en esa época significaba la diferencia entre la felicidad y la tristeza.

Los colombianos, cuenta González, escapaban de la crisis industrial y la inseguridad creciente en la segunda mitad

del siglo XX: asesinato de Gaitán, La Violencia, Farc, ELN, narcotráfico, en fin. Esas personas —unos 72 mil en los años sesenta— no necesariamente buscaron trabajo en restaurantes y sastrerías, sino en puestos calificados, lo que les permitió superarse rápidamente. De hecho, los primeros negocios colombianos en prosperar no fueron cacharrerías, compraventas o panaderías, sino imprentas. Fue la época dorada de los impresos y era normal ver paisas, rolos, caleños o costeños maquetando periódicos. Mucho mejor que servir comidas...

Me echaron de Café Salsa porque un viernes en la noche dejé caer dentro de un ascensor más de cincuenta mojitos que iban para una fiesta en el segundo piso. Los vidrios se metieron entre la ranura por la cual se mueve la puerta y el ascensor quedó atascado. Eso activó la alarma que rechinó por una hora, llegaron los bomberos y el restaurante quedó desocupado.



Era una oportunidad monumental para que Daniel y sus amigos se reventaran a carcajadas. Pero el salvadoreño, en un tono muy amistoso, se me acercó y me dijo.

—Oye, Pirobo, más arriba, aquí mismo en la calle 14, están llamando gente en un restaurante. Ve esta tarde, como a las cinco p.m.

—Listo, de una —agradecí.

Cuando llegué a ese restaurante le dije a la coordinadora que estaba buscando trabajo, que tenía experiencia y estaba listo para comenzar. Me sorprendí cuando, desde la cocina, salió Daniel, quien había aplicado más temprano y ya estaba contratado.

—*Yeah, yeah, he is my friend* —le dijo Daniel mientras me señalaba con el índice.

—*Do you know him?* —replicó la chica.

—*Yeah, Yeah... Good friend, good work* —comentó el hombre con su escaso inglés.

Desde ese momento se convirtió en el mejor salvadoreño del mundo. Y cuando le pregunté por qué me ayudó, me respondió:

—Para eso estamos, Pirobo.

Con el paso de los años aprendí un poco de inglés y la vida comenzó a sonreírme. Ahora trabajo en periodismo y he conocido colombianos de todo tipo. Algunos me han impactado porque me enseñan que la nacionalidad es un activo para prosperar en este país.

Por ejemplo Mario, en la fría Providence, estado de Rhode Island. Hace treinta años vive indocumentado e incluso fue sorprendido con drogas ilícitas, delito federal que anuló su proceso de nacionalización a pesar de que su madre es ciudadana. Mario hace acarreo en una camioneta. También ayuda a vender carros y se emborracha todos los días. Se ríe de las noticias. No le importa que la administración del presidente Barack Obama haya deportado a cerca de dos millones de indocumentados por asuntos tan graves como asesinato, y tan tontos como exceso de velocidad. Mario, candidato perfecto a la deportación, llega a su casa inconsciente de la borrachera. Lo llevan sus amigos: los policías de Providence.

—Ese es un alcohólico, vago, difícil, pero aquí todo el mundo lo adora porque tiene una personalidad muy especial —dice su madre.

En una marcha al frente de la Casa Blanca conocí a Gustavo Torres, director de la Casa de Maryland, una institución que atiende a comunidades hispanas. Es uno de los activistas más influyentes en Washington. Tanto que el mismo Obama lo recibió en su despacho para discutir los alivios migratorios anunciados a mediados de noviembre. Torres llegó a comienzos de los noventa. Huyó del barrio Castilla, en Medellín, para que no lo mataran las bandas criminales. Y aunque no terminó su carrera en derecho, se defendió con versatilidad: periodista, albañil y hoy promotor de políticas migratorias con mucha presencia en los medios de comunicación.

Otro es Juan González, tocayo del escritor arriba mencionado, y dedicado a la política. Es un cartagenero que se nacionalizó y hoy trabaja como asesor del vicepresidente Joe Biden para América Latina. Pocos saben que los asuntos diarios de la política de Washington hacia nuestra región no pasan por el escritorio de Obama, sino de Biden. Y que este último, cuando tiene una duda, levanta el teléfono y llama a González, quien ya pasó por el Departamento de Estado, una oficina en el Congreso, universidades prestigiosas y los conocidos cuerpos de paz en Guatemala.

Por supuesto no somos una comunidad perfecta. He visto en cortes a los peores criminales implorando clemencia para no podrirse en la cárcel. El paramilitar Salvatore Mancuso; el guerrillero Gerardo Aguilar, alias 'Cesar', carcelero de Ingrid Betancourt; los asesinos Terry Watson, el agente de la DEA víctima de un paseo millonario en Bogotá; y hasta Mauricio Santoyo, el otrora poderoso general de la república que cuidaba a Álvaro Uribe mientras trabajaba a sueldo para la mafia.

Todavía vivo en la calle 14 y paso caminando todos los días al lado del restaurante en donde trabajaba con Daniel. Hace poco tiempo entré a saludarlo, pues sigue haciendo lo mismo. Siempre pienso en lo que dijo a sus nuevos compañeros:

—Yo conocí a ese culero. No servía para nada, pero véalo ahora haciendo plata. Así son los colombianos.

Somos afortunados, por esa fascinación que generamos. ☺

El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

Ver, Pensar y Hacer
TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ Calle 11A No 43E-5 · 3º piso · 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

Cheesecake

Kaldi Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511

Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355

Panadería natural, cafés de origen

Alemán Pues
Restaurante & Cervecería

Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa
Tel: 268 44 20 - El Poblado

Charlie encore

El 17 de enero de 2015, los hermanos Sherif y Said Kouachi, franceses de ascendencia argelina, ingresaron a la redacción del semanario satírico Charlie-Hebdo armados con rifles kalashnikov y asesinaron a doce personas. Cuatro de los caricaturistas más mordaces de Francia estaban entre las víctimas.

El mundo se conmocionó con la noticia. El hashtag *Je suis Charlie* inundó las redes sociales. Era fácil dejarse llevar por el furor del momento; más que justo, era perentorio elevar el lápiz simbólico que los extremistas pretendían acallar. Se repitió hasta el cansancio el manido mantra: “no estaré de acuerdo con lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo”.

La policía tardó poco más de dos días en dar con los sospechosos. Los Kouachi se refugiaban en una litografía, en la pequeña población de Dam-martin-en-Gôle, a las afueras de París. Un centenar de policías rodearon el lugar. Hubo intercambio de disparos. Al parecer, tenían rehenes. El reportero Igor Sahiri, de la cadena BFMTV, logró ponerse en contacto telefónico con Sherif. El menor de los Kouachi hablaba con calma: dijo haber sido enviado por la célula de Al Qaeda en Yemen, reafirmó su papel como defensor del Profeta.

—Nosotros no asesinamos a mujeres. No somos como ustedes. Son ustedes los que asesinan niños musulmanes en Irak, Siria, Afganistán.

—Pero asesinaron ustedes a doce personas —dijo el periodista.

—Exactamente, hemos vengado —respondió Kouachi.

Poco después, ambos hermanos fueron dados de baja por la policía.

Said tenía 34 años. Sherif, 32.

¿Libertad de expresión?

Ese mismo domingo, Francia presenció la mayor manifestación en su historia. Casi cuatro millones de personas se convocaron en todo el país con el fin de rechazar la masacre y reafirmar el derecho absoluto a la libertad de expresión consagrado en la constitución francesa. Fue una necesaria reivindicación del carácter laico de la república y de los valores que la sustentan. Fue vergonzoso, sin embargo, ver en la marcha a líderes de países con un amplio prontuario de violaciones de los Derechos Humanos: Benjamin Netanyahu, primer ministro israelí; Sergei Lavrov, ministro de relaciones exteriores de Rusia; y Ahmed Davutoglu, primer ministro turco, entre otros, unieron sus manos y cantaron en favor de la libertad de expresión.

Luego vino un momento de reflexión. Hubo quienes, silenciados en un primer momento por la dicotomía “eres Charlie o eres un defensor del terrorismo”, decidieron buscar un camino intermedio. Se preguntó por los límites a la libertad de expresión. Se habló del respeto a la dignidad del otro,



por RICARDO VARGAS POSADA

Ilustración: Alejandra Congote

tal y como lo consagra la constitución francesa. El Papa católico recordó las responsabilidades que conlleva el ejercicio de la libertad.

Poco después, el senado francés aprobó continuar participando de los ataques contra el Estado Islámico. El primer ministro, Manuel Valls, ordenó, además, el despliegue de tropas adicionales en sitios estratégicos de todo el país y redoblar los esfuerzos en la búsqueda de contenidos en internet que glorificaran los atentados. Al cabo de una semana, más de cincuenta individuos habían sido puestos bajo custodia por incitar al odio y al terrorismo en las redes sociales. Amnistía Internacional llamó la atención sobre cómo estas medidas ponían en riesgo el derecho a la intimidad y a la libre expresión.

Uno de los arrestos más sonados fue el del comediante francés Dieudonne M'bala M'bala por un comentario en su página de Facebook en el que decía sentirse como Charlie Coulibaly, un juego de palabras que hacía referencia a Charlie-Hebdo y a Amedy Coulibaly, autor de otro ataque terrorista, dos días después, en una tienda *kosher* donde murieron cuatro personas. Al comediante se le acusa de hacer apología del terrorismo y podría pasar hasta siete años en prisión.

La Jihad

Una semana después de los atentados, la célula de Al Qaeda en la Península Arábiga difundió un video en el que se adjudicaba la autoría del atentado. Para entonces, los medios de comunicación ya habían filtrado información sobre la identidad de los asesinos. Se supo que al menos uno de los hermanos Kouachi había recibido entrenamiento militar en Yemen en 2011 y que ambos pertenecían a una red que enviaba personas a combatir al Medio Oriente. En 2005, Sherif había sido arrestado cuando se disponía a viajar a Irak a participar en la resistencia contra la invasión norteamericana. Pasó dieciocho meses en prisión.

Farid Benyettou fue el primer contacto que tuvieron los Kouachi con el islam radical. Trabajaba en la mezquita que los hermanos frecuentaban en

un barrio de clase baja al noreste de París. Corría el 2003. Benyettou hablaba continuamente de las guerras contra los musulmanes en Irak y en Afganistán, de la responsabilidad de los gobiernos de Occidente en las masacres de civiles en esos países, de la obligación que tenían de ir a hacer la *jihad* en Irak para defender a sus correligionarios.

El término *jihad* suele traducirse como “guerra santa”, pero sería más apropiado traducirlo como “lucha”. En su acepción más compleja, habla de esa guerra interior que el individuo tiene continuamente consigo mismo en su proceso de crecimiento personal. Esa es la *jihad* mayor; la más importante, donde se confronta al enemigo más difícil. Pero existe también la *jihad* menor, volcada hacia afuera, con los otros, el espacio donde corresponde defender y difundir el islam. Esto puede hacerse de muchas formas, la violencia es una de ellas, pero debe ser sancionada por una autoridad religiosa competente y no es común que esto suceda. La particular interpretación del Corán con la que los musulmanes radicales justifican su violencia es rechazada por la amplia mayoría de teólogos en el mundo islámico.

Con un grupo de seguidores, entre los que se encontraban los hermanos Kouachi, Benyettou empezó a realizar prácticas militares en el parque de Buttes-Chaumont. En ese entonces, ya las autoridades tenían pleno conocimiento de sus actividades. Incluso, Sherif participó en un documental que la cadena TV5 grabó sobre el creciente islamismo en los barrios pobres de París.

Contrario a lo que suele pensarse, islamismo y jihadismo no son lo mismo. El islamismo es una interpretación política radical del islam, pero no es necesariamente violenta. El jihadismo, en cambio, es violento por antonomasia. La gran mayoría de los musulmanes en el mundo no son ni lo uno ni lo otro. Lo anterior parece una obviedad, pero un error común entre los analistas está en tratar de entender a una comunidad de más de mil millones de personas como un todo monolítico en el cual las características más censurables de unos pocos son entendidas como prácticas cotidianas de todos. El islam es también una religión de paz y tolerancia: el mensaje del sufismo, su corriente mística, es un sofisticado ejemplo de ello.

El islamismo es una interpretación política radical del islam, pero no es necesariamente violenta. El jihadismo, en cambio, es violento por antonomasia. La gran mayoría de los musulmanes en el mundo no son ni lo uno ni lo otro. Lo anterior parece una obviedad, pero un error común entre los analistas está en tratar de entender a una comunidad de más de mil millones de personas como un todo monolítico en el cual las características más censurables de unos pocos son entendidas como prácticas cotidianas de todos. El islam es también una religión de paz y tolerancia: el mensaje del sufismo, su corriente mística, es un sofisticado ejemplo de ello.

El islamismo es una interpretación política radical del islam, pero no es necesariamente violenta. El jihadismo, en cambio, es violento por antonomasia. La gran mayoría de los musulmanes en el mundo no son ni lo uno ni lo otro. Lo anterior parece una obviedad, pero un error común entre los analistas está en tratar de entender a una comunidad de más de mil millones de personas como un todo monolítico en el cual las características más censurables de unos pocos son entendidas como prácticas cotidianas de todos. El islam es también una religión de paz y tolerancia: el mensaje del sufismo, su corriente mística, es un sofisticado ejemplo de ello.

La cárcel

En 2005, atizados por los excesos de los soldados estadounidenses en la prisión de Abu Ghraib, y sin mayores perspectivas laborales en Francia, Benyettou y Sherif Kouachi decidieron viajar a Irak a combatir. Pero poco antes de abordar el avión, ambos fueron arrestados y condenados a seis años de prisión por terrorismo. Fueron enviados a Fleury-Mérgois, la cárcel más grande de Europa, a las afueras de París, donde se hacían más de cuatro mil reclusos en precarias condiciones. Fue allí donde Sherif Kouachi entró en contacto con otros potenciales jihadistas: Amedy Koulibaly, autor del atenta-

do en el supermercado *kosher*, y Jamal Beghal, islamista radical franco-argelino, encarcelado por terrorismo, y que al parecer había planeado volar la embajada de Estados Unidos en París.

Las cárceles francesas, donde más de la mitad de la población es musulmana, se han convertido en un espacio ideal para difundir la ideología jihadista. El coordinador de imanes en la prisión de Fleury-Mérgois, Abdelhak Eddouk confiesa que no hay suficientes clérigos para atender a los internos. Según él, los reos son presa fácil de las ideologías más radicales. La cárcel los confronta consigo mismos, los obliga a preguntarse quiénes son y para qué viven. Y el islam radical les ofrece respuestas.

Fenómeno mundial

Francia no es la excepción. En otros países de Europa, así como en Estados Unidos, Australia y Rusia, cientos de jóvenes escuchan el llamado de la *jihad*. Los señalamientos de los que han sido sujetos las minorías musulmanas han empujado a las nuevas generaciones a buscar un asidero y muchos de ellos lo encuentran en grupos radicales. Quilliam, un centro de pensamiento especializado en contra-extremismo, calcula en 2.580 el número de europeos combatiendo para el Estado Islámico en Irak y en Siria en 2014. El número de franceses que viajó a Irak a engrosar las filas del Estado Islámico aumentó en un 69 por ciento en el último año.

Sin duda, la exitosa campaña mediática del Estado Islámico tiene mucho que ver. Competentes en el uso del internet como ninguna otra organización terrorista en el pasado, han desarrollado aplicaciones para teléfonos inteligentes, creado su propio sistema de mensajería en línea y diseminado sus ideas de una manera muy atrayente.

Al Qaeda no se queda atrás. La revista *Inspire* es una publicación de propaganda jihadista en inglés que busca reclutar seguidores en países como Estados Unidos, Australia e Inglaterra. Su lenguaje es fresco, cercano a los jóvenes, su diseño impecable, con imágenes que invitan a la guerra y glorifican el martirio. La publicación empezó a editarse en 2010 y cuenta ya con catorce números. En su edición número 13, aparece una lista de diez “enemigos del islam”, y a su lado la frase: “una bala al día mantiene alejado al infiel”. El escritor Salman Rushdie, Flemming Rose, editor cultural del diario *Jylland's Posten* —que en 2005 publicó imágenes ofensivas del profeta Muhammad—, y Stéphane Charbonniere, más conocido como Charb, antiguo editor de *Charlie-Hebdo*, están en la lista.

¿Quién ganó con los atentados?

El principal ganador es, sin duda alguna, la industria armamentista, pues la estrategia de enfrentar la violencia con violencia garantiza el crecimiento del negocio. El fervor militarista

está en alza y las compañías de defensa están facturando como nunca. La coalición ha llevado a cabo más de mil cuatrocientos ataques aéreos sobre Siria e Irak en los últimos seis meses, muchos de ellos con misiles Tomahawk, fabricados por la compañía Raytheon. Cada misil de estos vale 1.4 millones de dólares. Solamente el primer día de los bombardeos sobre el Estado Islámico se lanzaron 47. Otras compañías como Lockheed Martin, General Dynamics y Northrop Grumman, que también proveen arsenal a la coalición, han visto crecer el valor de sus acciones a niveles récord desde el comienzo de los bombardeos en agosto del año pasado.

Los gobiernos también ganan, pues aprovechan la indignación general para aumentar la vigilancia y el control de la población. No solo el gobierno francés; el primer ministro de Canadá, Stephen Harper, aprovechó el momento para presentar ante el congreso una nueva legislación que busca ampliar las facultades del servicio de espionaje canadiense e incrementar los poderes de la policía. Inglaterra también debate actualmente, sin mucha oposición, una drástica ley antiterrorista. En Francia gana el *Front National*, partido de extrema derecha, liderado por Marine Le Pen, que viene de obtener la más alta votación en las pasadas elecciones de mayo para el parlamento europeo. Seguramente sabrá aprovechar el miedo que se siente en amplios sectores del electorado de clase media tradicional y en las zonas rurales para aumentar sus posibilidades presidenciales en 2017.

¿Quién perdió?

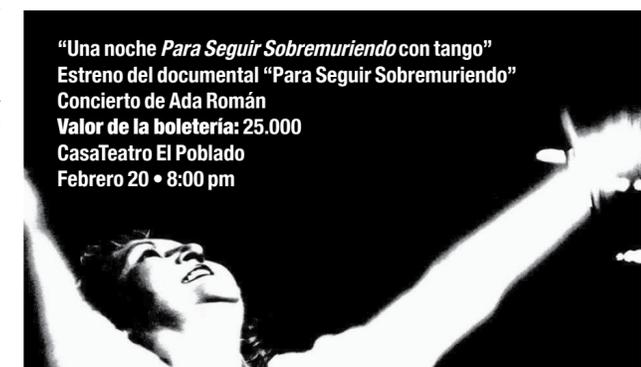
Según el Observatorio sirio de Derechos Humanos, desde que los bombardeos de la coalición comenzaron en agosto del año pasado, han ocasionado la muerte a por lo menos cincuenta civiles. Hace poco más de un mes, el Pentágono aceptó por primera vez la posibilidad de víctimas inocentes en los ataques contra el Estado Islámico. A pesar de ello, una semana después de los atentados de París, la asamblea francesa votó de manera casi unánime por continuar apoyando los bombardeos liderados por los Estados Unidos.

Ninguna iniciativa había tenido tanto consenso en la presente magistratura.

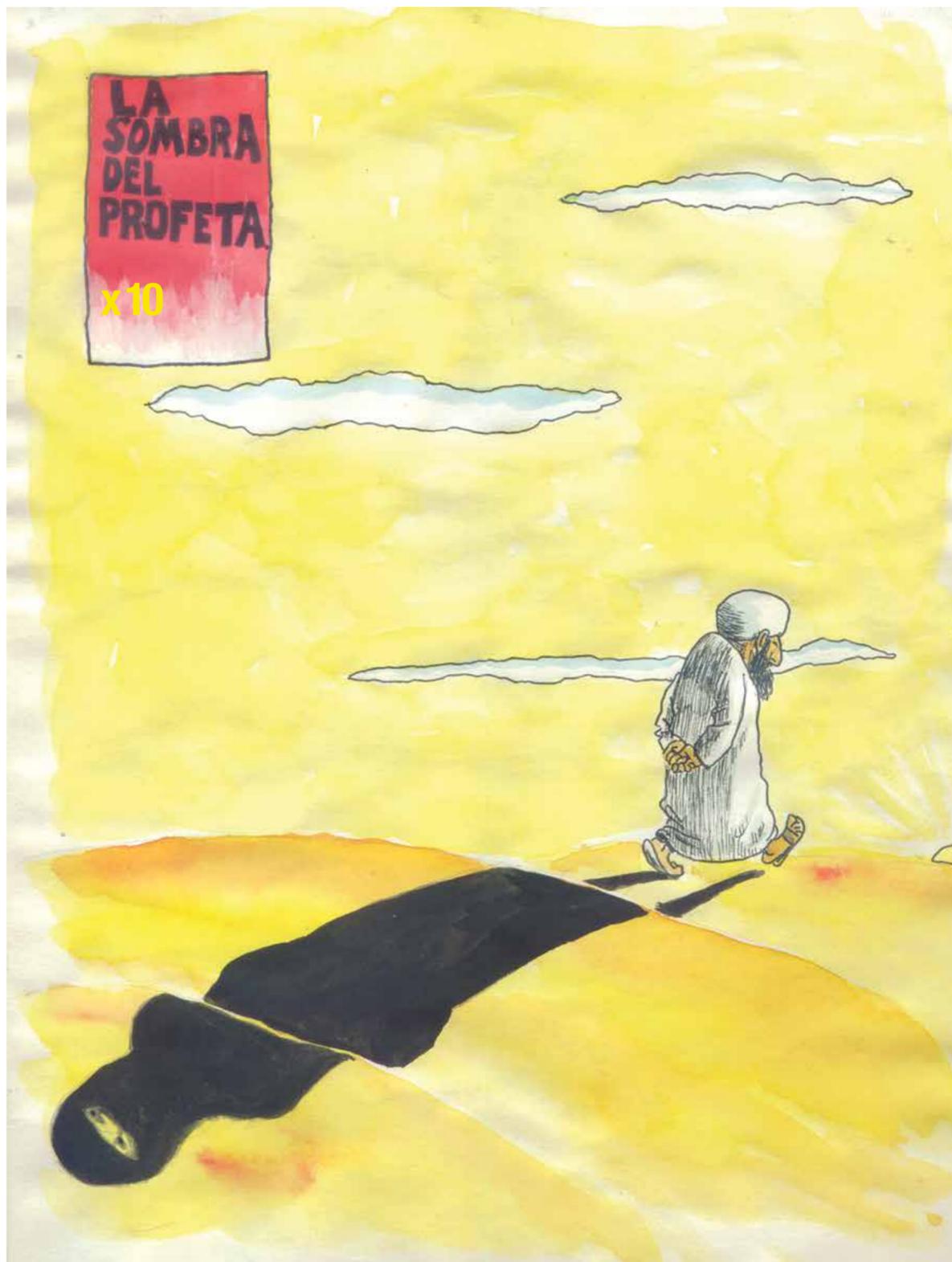
Los senadores franceses se dejan llevar por un ánimo de revancha. Pero tales decisiones obran un efecto contrario al esperado. Existe una relación directa entre las campañas militares de los gobiernos de Occidente en países musulmanes y la radicalización de los jóvenes musulmanes en todo el mundo. Ahí anda el germen del terrorismo. La formación de diferentes milicias jihadistas y la multiplicación de atentados en los últimos años se nutre del rechazo que generan las guerras de la Otán en Afganistán y Paquistán, la invasión de Estados Unidos a Irak, los excesos cometidos por los soldados norteamericanos en la prisión de Abu Ghraib, la tortura sistemática de los internos en la cárcel de Guantánamo y otros centros de detención de la CIA en todo el mundo, así como de los bombardeos en Siria e Irak contra el Estado Islámico o los ataques con drones en países como Yemen y Somalia.

Todos, la sociedad en general, hemos perdido con esta masacre. Las religiones, los proyectos europeos de nación, los defensores de la democracia y de las libertades individuales. Pero, el principal perdedor es, en última instancia, el islam. Las cifras hablan por sí solas. De acuerdo con un informe del Centro internacional para el estudio de la radicalización y la violencia política, la gran mayoría de víctimas de ataques jihadistas son musulmanas. Solo en el mes de noviembre más de ochocientas personas fueron asesinadas en Nigeria y Afganistán, el 51 por ciento de las cuales eran civiles. Si se cuentan, además, los atentados en Yemen, Paquistán y Somalia, el número de muertes supera los cinco mil.

Los musulmanes que viven en Europa o Estados Unidos, muchos de ellos ciudadanos de segunda o tercera generación, verán aumentar la estigmatización social de la que ya son objeto. Esto, unido a la poca representación que tienen sus comunidades en los espacios del poder, afianzará, a la larga, las condiciones que permiten al jihadismo apelar a las nuevas generaciones de ciudadanos marginados que buscan algo en qué creer y lo encuentran en las antípodas de los principios fundamentales que las sociedades occidentales defienden. ☪



“Una noche Para Seguir Sobremuriendo con tango”
Estreno del documental “Para Seguir Sobremuriendo”
Concierto de Ada Román
Valor de la boletería: 25.000
CasaTeatro El Poblado
Febrero 20 • 8:00 pm



www.cinéfagos.net
cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

PLANETARIO DE MEDELLÍN

Fronteras

Viaje domo planetario

"Este es límite de modo que no es límite;
es de tal modo forma, que no es forma;
es de tal modo materia, que no es materia;
es de tal modo alma, que no es alma:
porque es el Todo indiferentemente.
Es, sin embargo, uno, el universo es uno solo"

Giordano Bruno (1548 - 1600)
"Sobre el infinito Universo y los Mundos"

Quando creas llegar,
será momento de partir

Una expedición para descubrir
que los límites se diluyen.

Programación cada hora

Informes:
www.planetariomedellin.org

Logos: Grupo Bancolombia, parque explora MEDELLÍN, Medellín todos por la vida, Alcaldía de Medellín

Detrás del mito, en medio de los relatos fantásticos
y los mapas prometedores, quedó la vida y la cordura de muchos.
El Dorado fue espejismo, reflejos sobre el agua.
Se dijo que era un hombre, un reino, un palacio...
Era solo un color sagrado.



 *Ron
Medellín*
Extra Añejo · Gran Reserva

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994